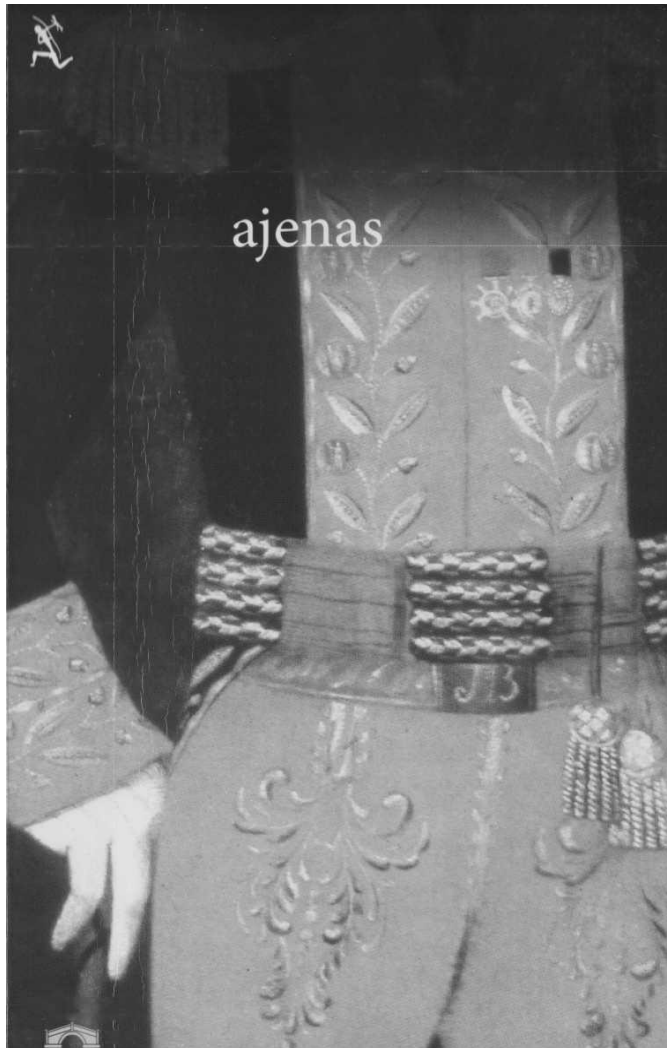


portada

Enrique
Guerras

Nacio en



Serrano
ajenas

Barrancabermeja en 1960. En 1996 ganó el Premio Juan Rulfo que otorga Radio Francia Internacional. En 1997 publicó el libro de cuentos *La España*, que recibió elogiosos comentarios de importantes personalidades, como Gabriel García Márquez («...logra alcanzar, en pocas páginas. una gran fuerza expresiva») o Álvaro Mutis. Ha.bía tanto que comentar en este sabio y sabroso ~ que hace Enrique Serrano por la historia de nuestra España que haría esta nota interminable: En 2000 publicó su segundo libro de relatos, *De parte Dios*, con una excelente acogida de la a tanto en Colombia como en España.

Es autor de los libros *Tamerlán*, *Donde no te El hombre de diamante*, *La diosa mortal*, y de los ensayos *¿Por qué fracasa Colombia?* y *Colombia*

historia de un olvido.

Diseño colección: Josep Baga Associats

Pintura de Pedro Figuerola, circa 1819.

Diseño de portada: Marcela Camacho Arboleda

BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

1819 2019

Guerras ajenas

Enrique Serrano

Diseño colección: Josep Bagá Associats

Diseño de portada: Marcela Camacho

© Enrique Serrano, 2019

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2019

Calle 73n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13:978-958-42-7747-3

ISBN 10: 958-42-7747-2

Primera edición: mayo de 2019

Impreso por Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Para Rocío, con el mismo amor.

Muy respetados hermanos de la santa orden jesuítica:

Los saludo con fervor, ¿cómo han vivido estos años en los bravos Brasiles a los que ha venido a vivir el mismísimo Emperador?

Como es bien sabido, el mundo ha estado siempre preñado de paradojas. Los buenos suelen ser algo indolentes y no se ven mucho, y por eso dejan amplio espacio a los malvados, o al menos a los mediocres. Lo grandioso del mundo siempre se ve poco, y en cambio los lunares que tiene, que son inocultables, se nos meten entre ceja y ceja. La paja en el ojo ajeno, que nadie estima no ver, nos hace ciegos para vernos hacia adentro, como Jesús solía decir; pero, de todos modos, creemos a pie juntillas que somos los buenos, los que perdonan, los que ayudan al prójimo. Que los otros son los torvos cativos, y que hay que estar vigilándolos, y si se pone todo difícil, es menester perseguirlos.

Digo esto porque pienso hacer, mis hermanos, una confesión larga sobre la ausencia de mis hijos, que algunos de ustedes me han pedido explicar. Y contarles de la guerra fratricida entre hermanos y parientes, y de sus miserias, que no son pocas. Y de los menudos hechos, que dicen tanto acerca del mundo.

He aquí las palabras, pues, hermanos míos:

Las provincias de Pamplona y Chitagá, ciudades de Ursúa, situadas en el fresco valle del Espíritu Santo, fueron asiento de indios chitareros, y son ricas en cultivos de trigo, y en el Valle de Suratá se recogen hasta diez mil cargas de harina por año. Antes había muchos pinos y laureles en Pamplona, pero los tumbamos para hacer leña, y por las minas, y se dice que hay que ganar aún más tierras para labranza. En fin, trabajamos, y hacemos que muchos coman. Hay gente que se ha hecho rica en esa villa fértil y pingüe en oro —en Montuosa y en Vetas—, y madre de muchas otras, en Venezuela y en la Nueva Granada.

Es cierto que desde siempre hemos tenido la costumbre de poseer

muchos cerdos, como deben hacer sin falta los buenos cristianos. Las calles son limpias y rectas, las huertas firmes y las iglesias numerosas. Muchos hemos estudiado para eclesiásticos, especialmente los que en la juventud pudimos ir al convento de ustedes, los devotos jesuitas, que tan bien nos han enseñado a defender y predicar lo que impele a pensar, y a actuar, la Santa Madre Iglesia...

Hay muchos indios repartidos en los pueblos de la región, descendientes de chitareros bravos y de otros mansos, y también se vive con confianza del cultivo del cacao. Se cuenta que algunos colonos zarcos de Alemania dejaron hijos blancos que no se mezclaron con indios ni con indianos, a través de los siglos, y con mucho rigor mantenía la «pureza» de la sangre luterana desde el siglo de la fundación.

Hijos de alemanes y de teutones, de la casa de los Welser, sembraron y cosecharon en esta región desde tiempos muy antiguos, y por eso, como todo el mundo sabe, los cabildos funcionan muy bien, y hay muchos sacerdotes y monjas en los conventos y en las parroquias.

Nunca se aguanta hambre en Pamplona, ni en ninguna de las poblaciones cercanas, a pesar del peligro de que la nación motilona nos invada algún día. Sobre todo, los fieles cumplen con mucho rigor las leyes de la santa religión y trabajan con firmeza y dedicación. Y eso desde hace siglos. Hay pruebas de ello en todas partes; así también, y para que conste, ayudamos mucho con pertrechos a las tropas patriotas de Bolívar en este trance de guerra, aunque antes lo hubiéramos hecho también con el otro bando.

Así, hemos podido tener una vida dulce y próspera, y así fue como yo, Rodesindo Guedes, pude llegar a ser un novicio adelantado y luego un conocedor de los latines, de la liturgia santísima y de los misterios. Así fue como se me enseñó a no emborracharme, a mantener cerrada la boca, a comprender a los mayores y a llevarles la corriente. A seguir sus preceptos con atención, y a darme de vez en cuando unas escapaditas para poder

gozar de la vida, que tan breve es y tan poblada de entuertos.

Todo esto me fue enseñado en el recinto sagrado del Seminario agustiniano. Allí estuve entre los años de 1790 y 1796, cuando salí para ser ordenado sacerdote al año siguiente. Sabía lo poco que hay que saber, pero bien sabido, y era un mozo bien plantado. No obstante, se me ocurrió la idea perniciosa de tener una mujer, como a san Agustín. Una bella mujer blanca, joven y bien sana, Eulalia, que un patrón de la Grita me dejó en prenda como sirvienta.

Tuve el gusto *non sancto* de hacerla mi mujer, lo que es vedado para un cura, y quedó pronto preñada.

La barriguita le creció mucho, y se veía muy bella en su estado. Al año siguiente, el del Señor de 1799, a orillas de un nuevo siglo, nacieron dos rubios hijitos gemelos en la casa cural de Pamplona, en donde a la sazón era sacristán. No sé si tomar esa señal de lo Alto como una bendición o como un castigo por mi pecado capital, que siempre ha sido el de la lujuria; lo cierto es que Serafín y Eustaquio nacieron sanos y fuertes, y crecieron con gracia y alegría; con el pelo casi rojo y los ojos zarcos, como si hubieran llegado de un mundo remoto.

Todos en Pamplona, en el valle del Espíritu Santo —y más allá— tuvieron morbosa curiosidad por el hecho, lo que hizo famosa mi vergüenza. Esperaba una floreciente parroquia, y me dieron Chitagá, recién fundada en 1804, que no es poca cosa, con una casa en donde pude ser libre, bañarme cuando quisiera, decir mis misas, seguir a mis feligreses, y recibir a cambio buenas cosechas y una paga aceptable.

Bellos eran mis hijos, y los vi crecer con gran gusto y esperanza, pues para mí fueron un fruto del amor tanto como del pecado. No tuvimos problema en Chitagá diciendo que eran hijos de un tal Domingo Lozano, que los había abandonado desde antes de nacer. A pesar de que se parecían un poco a mí, se parecían más a Eulalia, su madre, con lo cual pudimos tener a raya las habladurías del pueblo, cuando las cosas se

pusieron difíciles, unos años después, pues la parroquia de Chitagá se agotó por causa de la guerra. Incluso juré —en vano— que ella los había procreado con su amante antes de haberme conocido. Solo los más tontos se creyeron eso, pero bastó para el arzobispo en Santafé.

Por otra parte, las ideas de libertad que venían de Venezuela empezaron a complicar nuestro paso y nuestro horizonte. Tuve que irme a Pamplona a buscarme otro mundo y otro oficio, y allí ya eran patriotas, por causa de doña Águeda Gallardo. A fuerza de dedicación, madrugadas y de limpiarle las botas al cura Marcos Suárez, conseguí finalmente una sacristía bien servida, y allí pude terminar de sacar adelante a mis hijos.

Afortunadamente pude meterlos a la instrucción, y yo mismo, con mis viejos libros, les daba clases y azotes para que aprendiesen los misterios de nuestra fe, la partida del santo temor de Dios, las oraciones en latín y la veneración al rey de las Españas, nuestro señor hasta hace tan poco.

Ya por aquellos años se decía que el rey había tenido persecución y que estaba huido en algún lugar distante de Inglaterra, porque el corso Bonaparte había invadido España.

La verdad es que no sabíamos mucho sobre lo que pasaba afuera de nuestro mundo, pero llegaban noticias de todas maneras. La gente empezó a pensar distinto. Yo, por supuesto, no cambié nada en la enseñanza. Hacía que mis hijos concurrieran los sábados por la tarde a la escuela de catequesis, igual que otros niños de Pamplona, ciudad ilustre por demás, y enamorada de los saberes y de la devoción.

Pasaron los años y las cuadrillas de algunos empezaron a menguar. La gente se iba de Pamplona, no sabíamos bien por qué. El cultivo y el cuidado de las labores del campo se había debilitado. Sobre todo, se reclamaban muchos para ir a Venezuela a aprender el arte de las armas. En efecto, saber manejar los rifles que había y las pistolas y los revólveres se había vuelto cada vez más importante.

Las maniobras militares y el arte de los soldados son ejercicios de intuición que consisten en saber anticiparse al enemigo, en tener previsto lo que se necesita para un determinado encuentro, e incluso en saber moverse y dosificar las fuerzas, en saber abstenerse cuando es preciso.

No se sabe exactamente dónde lo aprendieron, pero en gran medida es el fruto de una observación minuciosa de los comportamientos de los hombres. Las guerras al fin y al cabo son maniobras tan humanas que son las mismas pasiones que nos conducen en la paz a la gloria o a la desgracia.

Unas llegaban de España. Otras, se decía, eran armas francesas. Otras venían de Norteamérica, en donde se había declarado la revolución de independencia contra la corona del rey británico, todo lo que entonces era seguro, en lo que confiábamos que duraría para siempre, empezó a vacilar, a debilitarse, a cambiar, a mutar.

Lo único que no cambiaba era mi oficio de sacristán, hasta que un día quisieron la suerte, Dios y la Virgen que el viejo párroco muriera, y entonces yo, que a pesar de mi barraganía seguía siendo un cura en buena ley, me hice uno de los párrocos más famosos de Pamplona.

Era bueno con los discursos, con las homilías, porque me las sabía todas de memoria. Preparaba con juicio los actos de mi parroquia, no había abandonado ni un instante el culto católico ni la actividad sacramental, ni pastoral. Tenía catecúmenos. Pero al mismo tiempo, conocía todos los entreveros de Pamplona y de Venezuela. Incluso había ido a Ocaña y a Girón.

La numerosa gente blanca que venía a la parroquia y a las haciendas me daba buenas propinas y también regalos de su agricultura, que es la ocupación de la gente libre. Incluso tenía yo en mi casa paños y lienzos de algodón traídos de la provincia del Socorro y de San Gil, y hasta sombreros de Zapatoca.

También había ido a Cúcuta varias veces, y a la Villa del Rosario. De allá me mandaban buenas pitanzas y prebendas. Por tanto, no podía estar más contento ni agradecido.

Mis hijos crecieron con buena salud y buen talle. Eran disciplinados y atentos, al menos con su padre; me dicen que en los juegos y en las casas de otros se portaban de un modo mucho más libre y hasta un poco rufianesco. Pero eso nunca lo hicieron conmigo porque querían evitar los azotes. En realidad no tuve que pegarles casi nunca.

Crecieron, pues, los dos igualitos, tan diligentes. Copiaban los sermones con buena letra e incluso nos levantábamos temprano para hacer versiones especiales en las fiestas de guardar.

Sin embargo, en el año de 1810, cuando ya estaban pelafustanes, crecitos, cuando eran ya niños grandes y comelones, tuve una idea que muy pronto habría de cambiar mi estrella para siempre. La de permitirles que hicieran ejercicios de armas y que se fueran con algunas tropas venezolanas a hacer temporadas de aventuras.

Al principio se los llevaban unas dos semanas o tres. Pero en 1811 y 1812 llegaron a tenerlos durante meses. Por eso me negué a que siguieran su instrucción militar, pero ya el gusano había penetrado, y cuando llegaron a ser volantones hablaban todo el tiempo de armas, de hazañas y de campañas. Me arrepentí mucho de haberlos dejado estar, pero ya era tarde, tan tarde como que las ideas los alcanzaron de manera separada y amistosa.

Eustaquio se entusiasmó con la idea de luchar con los patriotas y cogió pronto el rumbo de fiestas y guarapo en Calabozo y Angostura, mientras Serafín, que siempre soñó con ser escribano, se dejó tentar por las tropas realistas de la Nueva Granada y halló pronto lugar como escribiente entre alcabalas y cabildos en las tierras del Socorro.

Yo procuré, en las noches cuando veía a mis hijos interesados en

asuntos de guerra, hacerles ver lo que es preciso tener en cuenta, ya no solo para no sucumbir al primer mosquetazo, sino para poder inspirar confianza mu la prudencia, el tacto y los buenos oficios, que, si son tan importantes en nuestra vida eclesiástica, lo son también en la vida militar.

Cuando llegó Pablo Morillo, el famoso «pacificador», a estas tierras de Nueva Granada en 1816, empezamos a ver que ya nada sería como antes. Morillo era militar desde los trece años y no conocía otra vida que la de las armas. Poca paz traería su presencia.

Habría, pues, que tomar partido por un bando o por el otro: por el de Miranda y Bolívar, o de ese endemoniado Santander de Villa del Rosario, o por el de los realistas, los seguidores del rey, los hombres fieles al pasado, la religión, las buenas costumbres y la vieja estirpe de virreyes.

Yo mismo no sabía por qué bando optar, y por eso prefería no hablar nunca del tema de las patrias y las independencias, para evitar caer en inquina con cualquiera. Los párrocos no debemos enfrentarnos a nadie de manera denodada, ni tener enemigos. Es la única manera de mantener una parroquia en buena condición, y mucho más para un cura que tenía hijos como yo, y que además ya no era tan joven.

En fin, antes de este año de 1819, que de manera tan lúgubre termina, mi vida era llevadera y yo podía, junto a mis hijos, esperar que ambos tuvieran un futuro y un destino. Pero todo se fue manchando de desgracia y de impertinencia, de mortalidad y desafío. De gritos, de órdenes, y de seres extraños a nuestro mundo virginal de Chitagá. La vida se fue complicando, el aire se fue enrareciendo, y pronto ya no hubo sosiego en ningún pueblo.

Sé que terminada la guerra vuelve uno a sus viejos oficios. Sin embargo, quedan las huellas de aquellos lugares y tiempos en los que se ha jugado la vida. Aquellos en los que todo pendía de un leve hilo y que conseguimos moverlo con tanta habilidad que no se rompió, y que nos sigue sosteniendo.

En la Nueva Granada llegan a sesenta las parroquias pero están reunidas en solo cuatro diócesis, inmensas todas, imposibles de recorrer. Por eso la vida de los clérigos, de los obispos, es inocua para muchos, y la catequesis sobre los feligreses es muy difícil de dar, lenta e imprecisa.

Sin embargo, nuestra profunda devoción a los santísimos sacramentos, a la Virgen María, a los santos, no ha sido reprochada por ninguno de los grandes padres que nos visitan. La vida de las parroquias se mezcla con la de los gallineros, los hatos, y los propios sacristanes son indios o mestizos. Gente a veces sin destino, algunos incluso hijos de esclavos. Se hace lo que se puede con tantos hombres de monte, tan díscolos muchos de ellos, tan perezosos. Vivimos lidiando con los demonios. Así ha sido desde siglos atrás y así seguirá siendo, inclusive después de la Independencia.

A la inmensa tierra de la capitanía de Venezuela llegan hombres y armas del mar, muchos más de los que nos llegan a nosotros por la ruta de Pamplona o de Ocaña, o incluso a través de Santafé.

El mar queda lejísimos. He oído hablar del puerto de Cartagena, pero no he conocido a nadie que venga de allí. Dicen que la ciudad declaró su independencia hace años. Ignoro si aquí podríamos hacer algo parecido que fuese válido, como lo quiere doña Águeda.

Tenemos hombres y mujeres laboriosos, dóciles y, sobre todo, fieles a la religión. Por eso nos costó muy poco llegar hasta esta hora de nuestra vida, y probablemente nada de lo más importante cambiará. Sin embargo, yo sé que a partir de este año, cuando llegue la Nochebuena y matemos el cochinito, algo muy distinto, como sangre y madera de otro mundo, terminará por vencernos y por metérsenos en las venas. Así será, seguramente, durante un largo tiempo.

La posibilidad de disfrutar la vida, como alegre y dulcemente lo había hecho un padre de dos hijos hermosos, de vivir una vejez feliz, ha quedado probablemente en el pasado, segada y postergada. Ya no sé cómo serán

la hora próxima, el día próximo, el mes próximo, el año próximo. Me siento, por ello, un poco consternado.

Quizás ha llegado el momento de que, con buena fe y con buen talante, como un pez que se balancea en el agua de un estanque, deje mi memoria bien escrita. Ojalá que alguien en la posteridad, tal vez mis propios hijos, se percate de cuánto me ha dolido que el mundo haya cambiado hasta este punto y se hayan visto para siempre comprometidos en guerras ajenas, tan distantes de nosotros y de nuestra Arcadia como para maldecir el presente y añorar el pasado.

Hace unos diez años, cuando mis dos hijos eran todavía unos niños y se preocupaban tan solo de las cosas nimias que hoy nos hacen sonreír, una tarde al calor del fuego en Chitagá les expliqué los misterios de la muerte y les hablé de cómo había que enfrentarla con valor y con fe, porque siempre Dios, el Supremo, nos rescataría de cualquier penalidad, dolor o humillación.

Nunca se les olvidó esa tarde. Hablamos de ella varias veces después, a medida que fueron creciendo. La idea de que serían rescatados por la Providencia los inspiró y llenó de aliento y de valor.

Han sido esos gemelos una prueba del destino. Lo que es pecaminoso en su origen es virtuoso y santo en su realización. Era preciso que vinieran al mundo en estos momentos en que se decide la causa de la libertad.

Aun en bandos enfrentados y mirándose de reojo, cada uno de ellos sabía quién era el otro, cómo era, cómo había crecido, qué bondades y qué defectos podían achacarse. Qué bella prueba del destino.

La lucha por la libertad, como la ha llamado con gran pasión mi hijo Eustaquio Guedes, nació en los corazones de algunos de nosotros desde hace varios años, pero no entendemos bien en qué consiste. No nos ha llegado de ella más que el lado cruel, el lado insondable.

Recuerdo cuando oí al cura Ignacio Mariño hablar apasionadamente de

la libertad. Él se largó para Venezuela porque, según él, era la única manera de llegar con el ejército del mayoral Páez y por allí salir del viejo mundo en que nos encontramos, tan cerrado que, si acaso tiene fronteras, no las conocemos. Si hemos pasado de una región a otra ha sido solo para traer muías nuevas a nuestro viejo mundo.

La libertad es una causa valedera, bella, pero peligrosa. Y tomará vidas enteras convertirla en algo mucho mejor de lo que hemos tenido hasta ahora, la verdad sea dicha. He nacido en el mundo del rey y del reino, y la distancia infinita de ese rey me permitió ser libre y tomar algunas decisiones.

Sé que no fue así con muchos de nosotros que yacen en la caverna de la ignorancia, en el yugo de la opresión que unos pocos iluminados, quizá en el buen sentido, defienden como una necesidad para todos los neogranadinos.

En estas jornadas difíciles que han marcado los últimos meses, el mundo ha despertado ya, ha salido de su letargo, con brutalidad, como suele ser cuando una forma de hacer las cosas da paso a otra, cuando unas ideas muy bellas y atractivas se montan sobre viejas ideas y viejas formas de hacer y de actuar.

Me pregunto de qué lado está Dios. ¿Del lado del pueblo? ¿Pero de cuál? Este pueblo que forma parte de los dos ejércitos, este pueblo que, como mis dos hijos, si tiene que obtener la victoria de un bando, también tiene que arrastrar la derrota del otro. Un mundo simple, con raíces perdidas en el tiempo, que habla esta lengua y conoce esta religión, que adora a este Dios, que teme a su influjo, es un mundo nuevo e incierto.

Eustaquio se marchó a la Grita en el mes de mayo de este año luctuoso. Allá lo esperaban las tropas de Anzoátegui, de Páez, la legión extranjera, los llaneros y los blasones. Dice que fue bien recibido porque, como es

zarco y alto, parece un español. Como sabe leer y escribir de manera corrida y usar bien la ropa, les cayó inmediatamente en gracia a los comandantes. «Jamás podrás ser un desertor», le dijeron. «Todo el mundo te reconocería. Te mataríamos al día siguiente».

Por eso Eustaquio, tan joven, tiene un ánimo tan cumplido; es callado —a diferencia de Serafín—, pues tiene la mente siempre cavilando, como calculando el día siguiente. Se da cuenta de que las palabras que uno emite sin ton ni son pueden costarle la vida, y las mide o las guarda para sí. No en vano pertenece al bando que ha triunfado. Si tiene futuro y si podrá tener hijos un día, si su vida va a valer la pena, si tendrá algún día nietos, será por la prudencia, por la serenidad con la que ha enfrentado esta gesta emancipadora, esta campaña de los cien días.

Sabía que su destino era preparar las cosas para que las provisiones del general Soublette pudiesen acompañar al ejército de dos mil quinientos, dos mil setecientos o dos mil ochocientos hombres mal vestidos, mal armados, pero ojalá bien apertrechados. Esos mismos que han renunciado a su familia, a sus padres, a sus hijos, a la Iglesia y a la cementera, y de los que quizá en su mayoría jamás regresen.

El retorno de Venezuela hacia la Nueva Granada siempre ha sido, para los que lo emprenden, como meterse entre los hilos de un costal. Allá, en esa tierra caliente, tan cercana al Llano, con las montañas más tenues, todo fue amable a pesar de las amarguras que supuso el agrio carácter de Páez.

Al llegar por el Llano, por el Arauca, las tropas y las provisiones se fueron metiendo en la tierra de la Nueva Granada, en las orillas de esas cordilleras altas y frías, muchas veces crueles.

La mayoría de los hombres se sentían confiados de que en junio, cuando estuviesen tras la ruta del ejército y llegasen a pasar unos días en Tame, podrían superar las dificultades propias del calor, el ambiente húmedo y la furia de los ríos y las culebras.

Nuevos indios se sumaron al ejército, otros huyeron. Eustaquio tuvo que hacer una gran cantidad de relaciones para el general Soublette con la carne, las cobijas, los fuelles, las fraguas, los fusiles. Esa guerra prometía largas caminatas, además del frío implacable de la cordillera. Por ahora era solo la pesadez del ambiente, del Llano, superando las dificultades propias de este camino enlodado, porque era normal que los realistas no esperasen un ataque en invierno.

Por eso el batallón primero de línea se fue internando como líder en lo que habría de ser la gran marcha Llano arriba. Tras dejar Tame tuvieron que remontar el Casanare para llegar a la orilla de la cordillera.

El ejército marchaba lentamente, pero confiado. Sabía que no habría tropas realistas por allí. Incluso apenas se esperaba que Bolívar se atreviese a penetrar la Nueva Granada por el oriente, como efectivamente lo estaba haciendo. El frío era horrible, y los mataría.

El ejército realista se ocupaba de otras cosas tratando de llenar los vacíos de un territorio inmenso en el que había que darse muchas mañas para poder hacer notar la presencia en los lugares clave: Popayán, Almaguer, Anserma, Buga, Honda.

Siempre el eje de la Nueva Granada ha sido el río Magdalena. Por tanto, tener tropas cerca, en ambas orillas, y no ver atisbos de rebelión o reprimirlos con habilidad y rapidez, había sido la estrategia de los realistas entre 1816 y 1819. Parecía que esa seguiría siendo la estrategia, y así lo entendían José María Barreiro e Isidro Barrada y otros importantes capitanes españoles.

Si acaso surgía un frente en el oriente, su propósito era tener todo organizado para que no se demorase mucho en agrupar tropas y ponerlas en el frente de batalla, en la cordillera oriental.

Sin embargo, las cosas entre mayo y junio no fueron lo suficientemente buenas, ni las tropas se movieron con la habilidad necesaria.

Serafín cuenta en sus cartas de relación que hubo inconvenientes con las tropas, muchas de ellas inexpertas, recién formadas, así como con los disidentes y desertores, con los delatores, que parecían muy fieles al comienzo y después empezaban a pelar el cobre. La Nueva Granada siempre ha tenido ese problema: no se sabe a qué bando pertenece. Los que un día apoyan a los unos con gran convicción, e incluso están dispuestos a dar la vida por ellos, de pronto cambian de opinión y de bando.

O resultan huyendo para volver a sus cuitas, a su vida pequeña. Parece como si no tuviesen auténtica convicción ni estuviesen del todo preparados para creer en la majestad de la causa.

En los reales de minas había muchos negros que optaron por sumarse a la causa libertadora, pero había otros que rechazaban tal argucia por temor a las represalias, y cuando los reclutaban las tropas realistas, dándose la bendición, no les quedaba más remedio que aceptar.

Santander tenía una gran experiencia para batir al enemigo y una crueldad a toda prueba. La guerra a muerte suponía, por tanto, que si se encontraban mis hijos con las tropas de Santander, de un lado o del otro, tenían que jugarse el todo por el todo.

Cañones, sacos de metralla, lanzas, fusiles, prisioneros, ganados... todo quedaba de un lado o del otro.

Igual que los hombres, igual que el barro que habían aguantado en sus botas y charnaques.

Por eso, ellos temían que apareciera en cualquier momento y en cualquier lugar. Era como la muerte. Completamente indeseado e indeseable.

Por valientes que fueran los unos o los otros, terminaban poseídos por el terror de un compromiso irreversible en el que la fatalidad era la única dueña de sus destinos. Y no solo morían los que se prestaran al combate

con los realistas; morían todos los que fueran acusados, aún sumariamente, de haberlos ayudado.

La sensación de muerte, de peligro, de compromiso ineluctable, estaba con ellos todos los días y las noches sin poder atenuarse ni ablandarse. Solo apretando los dientes y agarrándose los calzones, como han hecho los bravos desde que el mundo es mundo.

Desde el comienzo, doña Águeda Gallardo de Villamizar fue una persona principal para hacer que Pamplona se prestara a la gesta de la libertad. Con el paso de los años, su influencia fue creciendo. A ella, a su entereza y su valor, le debemos buena parte de lo logrado y el que nos hubieran respetado más allá de la victoria. Pero muchos hubiéramos querido que ninguna Águeda Gallardo viviese en Pamplona, porque los héroes, los próceres, inflaman las pasiones de un modo imprudente, casi impúdico. No nos permiten continuar a medias, con nuestra razonable cobardía.

Doña Águeda mandó piquetes a Cácuta, Cucutilla, Chitagá, Mutiscua, Pamplonita, Toledo, Labateca, con el cuento de que ella y su marido habrían de ayudarlos a tener las armas y las provisiones para unirse al ejército patriota.

Eso lo había hecho ya en 1813 y 1817, pero ahora sabíamos que podía ser algo más peligroso.

El venezolano Carlos Soublette, quien venía de adelantar una carrera de rápido ascenso por los triunfos que logró en su tierra, tomó a Eustaquio bajo su ala y lo convirtió en su primer escribiente. Soublette fue siempre un oficial destacado por su sensatez, su sobriedad. No extraña que el general Bolívar haya decidido nombrarlo en el estado de general subjefe, y que después lo haya movido a los cargos clave. Desde Angostura, el 10 de diciembre, lo había puesto al comando de las tropas que podían apertrechar al ejército principal. Contaba con buenas armas y buena estrategia, pero sobre todo era un gran conocedor del territorio, mucho más de Venezuela que de la Nueva Granada, pero todos sabíamos que

podía adaptarse muy fácilmente al lugar y dar muy buenas sugerencias sobre lo que sería pertinente hacer o no hacer.

Mi hijo Eustaquio confiaba en él ciegamente, y él confiaba en Eustaquio. Así lo pude saber por sus cartas. Al parecer todo esto se complicó cuando Soublette sufrió una herida que lo mantuvo separado de las tropas durante unas semanas. Cuando se reincorporó, le llegaron con chismes de traiciones. A partir de entonces, una atmósfera pesada se cernió sobre todas las tropas. Todo el mundo estuvo mucho más callado y cauteloso.

Eustaquio también admiraba y me escribía largas cartas sobre el teniente coronel Juan José Rondón, de Apure, cabeza del escuadrón de lanceros de llano arriba, héroe de Queseras del Medio, donde las tropas de Páez hicieron milagros de sorprendente victoria. Algo similar a la maniobra de Corrales de Bonza fue la del contraataque del llanero Rondón con sus catorce lanceros, que selló un triunfo que parecía improbable y tal vez volteó el destino de la guerra entera.

La batalla del puente de Boyacá, sobre el río Teatinos, donde todo terminaría, no habría estado tan a favor de los patriotas de no haber sido porque esa victoria y sus secuelas dejaron muy claro que los realistas no podrían seguir defendiendo un territorio tan vasto que ya estaba sembrado con ideas de libertad.

Ese fue el verdadero secreto del éxito improbable. Cuando las ideas maduran no hay quién las detenga. Caminan solas, se vuelven el eje de las realidades del futuro y gracias a ellas cambian los mundos.

El ejército es una reunión forzosa. Y los forzados terminan por ponerse en contra unos de otros.

Serafín era distinto a Eustaquio. Un hombre abierto, parlanchín. Se dice que los gemelos son siempre tan diferentes mientras se parecen tanto.

Yo, por supuesto, desde muy niños podía reconocer la diferencia entre

el uno y el otro, pero el resto de la gente no. Tenía problemas. Sin embargo, las almas son más distintas que los cuerpos: los caminos que toman son siempre divergentes a pesar de haber tenido un origen común.

Las tropas realistas estaban bien organizadas y Barreiro era muy exigente. Todo el que se unía a ellas sabía que tenía que cumplir con la premisa de madrugar mucho, tener todo bien ordenado y dispuesto, obedecer constantemente a los capitanes y oficiales. Pero también había unas recompensas. Se vivía más tranquilamente. Se podía ir a misa y refugiarse en los latines.

Incluso pegarse unas escapaditas. A los soldados se les permitía tener mujeres, siempre y cuando no se casaran. Hasta tener hijos, y estos eran bautizados, aunque con discreción. Los apellidos y las prosapias se conservaban, al menos dentro de lo posible.

Y es que esa forma de hacer las cosas mantuvo la fidelidad de la gente durante muchos años. Siglos, incluso. Yo me pregunto por qué tenemos que cambiar eso, si es que hay que cambiarlo, cuando todos en mayor o menor medida nos hemos aferrado a esa costumbre durante generaciones, y la bendecimos como la fuente de nuestra libertad y de nuestra alegría. Al menos tomados uno a uno, al menos viviendo dentro de nuestros propios límites: los límites de la parroquia, de la villa, de la población.

Propiamente hablando, contaban mis hijos en sus cartas, no había caminos sino un entramado de chozas y cornisas, barrizales y cuevas muy empinadas, que tanto en el llano como en la montaña hacían muy lento y difícil el tráfico de las tropas, la subida de las muías, de las armas, todo lo que tuviera que ver con los pertrechos. Estas herencias de indígenas y de aparceros de la Colonia hacían muy complicado y fatigoso el ejercicio del movimiento.

Es por eso que la Nueva Granada era una tierra de gentes en su mayoría pacíficas que lo pensaban mucho antes de moverse incluso unas cuantas millas. Solamente unos muy aprestados y experimentados arrieros

se aventuraban en el ejercicio de transitar estos caminos. Algunos hasta habían aprendido, como lo retrata don José María Lozano en sus informes remitidos al rey, a valerse muy bien de la ardua geografía. Pero al comienzo de nuestro siglo xix, el siglo del progreso, del que tantas cosas maravillosas se cuentan de lo que en otros lugares la especie humana ha concebido, aquí se sigue viviendo como siglos atrás. Se sigue viajando en literas embarradas y temiendo todo el tiempo el ataque de las fieras, los insectos, los mosquitos implacables que son capaces de causar fiebres y que han matado a muchos, tan solo por el proyecto de viajar unas cuantas leguas.

Los ríos son muchos y muy difíciles de vadear. Casi todos los ejércitos tuvieron que construirse unos sampanes o unas balsas para poder pasar provisiones y tropas al otro lado de cada río tormentoso. A veces también tuvieron que transportar esas pesadas naves a lomo de ínula, embarradas por los improvisados caminos hasta el río siguiente, que podía estar a cinco, a diez o a veinte horas de camino.

Las bestias han sido siempre la parte heroica, y por mucho; las muías, reinas de los caminos y las trochas, han hecho posible que se avancen las jornadas por lugares tan ásperos, con riesgos de culebras y tigres que acechan en las montañas.

Las batallas que se habían desarrollado en Venezuela, a pesar de tener reveses y triunfos, habían dado mucha fuerza a los patriotas. Se sentían confiados sobre la magnitud de sus tropas y sobre la posibilidad de una campaña exitosa en la Nueva Granada.

Como era de esperarse, pronto aparecieron complicaciones y además se pudo ver el talante de las gentes y de las dificultades que habrían de desarrollarse en esta tierra que empezaba en el río Arauca. Luego Tame. Más tarde, los filos de las montañas.

El primer enemigo era el calor, pero también el agua, los animales de monte que en los morichales y en los manglares anegaban a los soldados

y a las muías. Eustaquio escribió varias cartas en las que me contaba de sus dificultades y sus penas.

Entre tanto, Serafín iba por la ruta del Magdalena hacia Honda con las tropas de Isidro Barrada tratando de reunir un ejército tan contundente como el que Santander había preparado para Bolívar. Serafín cuenta cómo sabían bien de la furia de los llaneros venezolanos, su carácter implacable, sus movimientos. Por tanto, la estrategia era esperarlos en las tierras frías, donde hubieran tenido que sufrir mucho pasando las cordilleras, donde quizá las provisiones no llegarían con la celeridad requerida.

También esperaba Barrada, igual que Barreiro y Morillo, que tropas de indios provenientes del sur se sumaran a la causa de defender al rey y al reino. ¿Por qué defenderlos?, nos hemos preguntado algunos, sin tener una respuesta clara sobre este misterio. Sin embargo, me aventuro a pensar que llevábamos siglos sometidos a este rey en una relativa libertad que nos daba la lejanía, y los impuestos en realidad solo los pagaba una pequeña parte, al menos en metálico o en oro.

Todo se iba en las digresiones que pudieran hacerse explícitas, en documentos, para salvaguardar o para eludir las alcabalas y los recursos del rey, y un poco en especie para tener tranquilos a los curas y los clérigos de los monasterios, los abades.

Se trata, en realidad, de que no queríamos cambiar de vida. Todavía muchos no lo queremos ni comprendemos en qué consiste la nueva causa republicana ni en qué medida puede favorecernos, si es que tal cosa es posible. Al convertirnos en república independiente, nosotros, que vivimos tan separados, tan dispersos y aislados, y que hemos aprendido a valernos cada uno en su pequeña aldea o en su vereda con los pocos recursos que da la tierra y con el consuelo de la religión, que no es poca cosa en este país tan difícil e inexplorado.

Ahora os contaré sobre la marcha de los realistas en los cien días anteriores a la batalla de Boyacá.

Serafín acompañó desde el comienzo a las tropas de Barreiro como lugarteniente y escribiente del canario Isidro Barrada, quien vivía en Venezuela con su familia desde una edad temprana. Cómo es la vida, mientras mis hijos se separaban para luchar en bandos opuestos, Barrada terminaría también enfrentado a su primo, Francisco de Miranda, en esta guerra sin sentido.

Barrada era un hombre peculiar, como suelen ser los isleños, un militar eximio pero también dotado de una personalidad poderosa, avasallante, extraordinaria. El objetivo era reunir tropas que pudieran abrirse de modo versátil hacia las estribaciones de la cordillera oriental, los valles y las poblaciones que no solo fueran fieles sino en las que hubiese manera de conseguir recursos y prebendas.

El dinero con el que contaba la Corona era poco y las dificultades de los últimos años habían sido tantas que la antigua ventaja de pertenecer a la autoridad legítima estaba debilitada. Por eso no era seguro que en todos los lugares hubiese el respaldo necesario y algunas poblaciones se dividían entre realistas y patriotas. La propia Pamplona estaba repartida entre los seguidores de doña Águeda y los buenos realistas y buenos cristianos, entre los voltaireanos y los buenos católicos.

Ellos mismos no tenían claras las fronteras entre un mando y el otro. Solo llegadas las últimas horas, y cuando fue necesario tomar partido, se decidieron unos y otros de manera definitiva.

Y creo que ese fue el carácter principal de la guerra: la indeterminación, la indecisión, la vacilación. Habíamos pasado siglos en ello, éramos expertos en dudas. Y si hubiera sido posible permanecer al margen de cualquiera de los bandos, pues esa era la mejor opción. Prácticamente todos los neogranadinos estaban a la espera de los

resultados de los sucesos y las batallas y sus consecuencias, aunque aprendieron a medrar astutamente entre un lado y el otro y a tener templanza y, a la vez, malicia para no resultar comprometidos ni perseguidos. Aprovechaban las oportunidades para aliarse con ventaja con un lado o con el otro, para que, al mismo tiempo, las represalias del bando contrario no fuesen tan evidentes o directas.

Pamplona, con sus cinco mil almas, era una ciudad devota, cristiana, pero no por ello estaba todo el mundo del lado realista. Ya habíamos tenido experiencia de soportar reprimendas y ataques desde Venezuela, y el paso de las tropas de Morillo era de infausta recordación.

Fusilamientos, persecuciones, huidas, familias divididas, entre ellas la mía. Disputas y, sobre todo, el gran recelo: el verdadero emperador de aquellos días; la desconfianza propia de una nación que no sabía a qué la habían puesto a jugar ni cuáles eran sus cartas, sus posibilidades.

Poco ha durado la guerra. ¿(Cuánto durará la «independencia)? ¿Habrà un retorno para las victorias de un bando o del otro? Sobre todo para las tropas de Bolívar y Santander, que han cosechado, en este año de 1819, más éxitos que fracasos. Y, sin embargo, no todo estaba de su lado ni se podía imponer una victoria definitiva.

Supimos que la victoria o la derrota dependía no solo de cuánto, sino de dónde se consiguieran apoyos. Supimos que tanto los realistas más eximios como los patriotas más ardientes tenían límites y si no podían convencer a sus aliados tenían que obligar a la gente a luchar y a prestar su apoyo. Esto siempre es peligroso y traicionero, mucho más cuando se les compromete a hacer algo que nunca han hecho, que no se sabe a dónde puede arrastrar a los hombres.

Todo el mundo hablaba de eso en las mañanas, al mediodía, por las tardes, los sábados y los domingos. Se sentía un ambiente de inquietud, de dolorosa aflicción, aunque la vida seguía como siempre. A veces tan dulce y apacible, que muchos nos permitíamos olvidar la guerra que flotaba

alrededor.

Entre el estar en un lado o en el otro, temer una cosa y la otra, y olvidarse de todo y volver a los asuntos de todos los días, se iban aquellos meses de mayo y de junio en los que llegaban noticias y cartas. En mi sacristía y mi parroquia había un ligero temblor de agitación y de incertidumbre.

Ya habíamos pasado por cosas similares en tiempos anteriores y no habían cambiando la faz del mundo, al menos no del todo, y era posible seguir fingiendo que todo estaba como siempre: que todo continuaba en una suerte de dulce y lánguida espera, no muy desesperada, pero tampoco muy promisoría.

La vida se iba en un río sorprendente de sueños, insomnios y delirios. De temores por lo que podía provenir tanto del oriente como del occidente, del norte como del sur.

Y este pueblo, ni muy frío ni muy caliente, enclavado en las montañas, estaba a la espera, como tantas veces había estado, de algunas noticias remotas que pudieran cambiar su destino, sabiendo que no era protagonista del triunfo ni de la derrota, ni de la vida nueva ni de la muerte.

Dejaron atrás el Llano las tropas y se encuadraron en la cordillera oriental. Todo estaba lluvioso y resbaloso. El barro era el compañero de todos los tiempos, de todos los días, de todas las horas. Teníamos como en una compañía de zapadores que había sido formada por jesuitas, dominicos y agustinos.

Se hicieron veintitrés informes sobre la construcción de herrerías para hacer armas o repararlas, para tener yunques, fuelles y ascuas, dispuestas para atender las necesidades de la tropa. Una tarea infinita.

El problema de la guerra en la Nueva Granada era que había que hacer todos los instrumentos y muy pocas cosas podían provenir de España. Además, los mares estaban cerrados todavía. De Cartagena

habían llegado unos cuantos rifles, cañones y pólvora. Había otras armas guardadas en Mariquita y en Honda.

Los avezados jesuitas, compañeros de vuestra orden, tenían los arsenales escondidos desde 1767, y aunque costó mucho trabajo develar el secreto para que Morillo finalmente se apropiase de ellos, tras una larga negociación, que incluyó al rey de España en el exilio, se logró que en una carta de relación los curas revelaran los lugares en donde había armas ocultas.

Muchas de ellas no servían, por supuesto, por tantos años sin uso, pero otras fueron reparadas. Tras tres años y medio de empeños, los uniformes y unas provisiones, las armas básicas, habían vuelto a existir.

Para poder ir a cualquier parte había que llevar unas reses, no solo para alimentarse de ellas, sino porque su paso contribuía mucho a ensanchar las trochas y a hacer los caminos más reconocibles, si no más transitables. Cuando había lluvias muy fuertes había que detenerse durante varios días, lo que impacientaba a las tropas inmensamente. Se sabía que se iba en una dirección determinada, pero de pronto había que vadearla o virarla por completo.

Lo que más extenua a las tropas que defienden un territorio es no saber con exactitud dónde está el enemigo, qué movimientos va a realizar y qué tipo de respuesta hay que preparar para ello. Por eso, estos cien días fueron pesados para todo el mundo, incluidas las tropas realistas, que eran, según las cuentas oficiales, el noventa por ciento, noventa y cinco de cada cien tropas granadinas.

Las manadas de indios y las tropas indianas del sur tenían alguna intención de alcanzarlas y por eso se las vio llegar a Neiva y remontar la orilla del Magdalena en el mes de junio de 1819. No eran muchos, el viaje los había diezmado y varios habían huido. Otros eran en cambio bravos guerreros, tan bravos como se decía de los más curtidos jinetes llaneros que venían de Barquisimeto y de Calabozo, Angostura, y las tierras de

oriente. Era importante saber el origen de las tropas que tanto habían caminado, cuál era su talante, para poder estudiar la posibilidad de atacarlos en uno u otro terreno, para conocer sus ires y venires. Todo esto les fue dando a las tropas realistas una cabal posibilidad de movimiento y combate. Como ya se sabe, habían recuperado a través de tres estrategias el control del territorio. Morillo había establecido un consejo de guerra permanente para juzgar a los rebeldes, junto con un temible consejo de purificación para tratar sobre los indultos de quienes querían cambiar de bando, y así también, la junta de secuestros para manejar los bienes recobrados.

Tras la cantidad de criollos que habían sido fusilados en 1816, muchos habían quedado atemorizados o huidos. El virrey Francisco Montalvo, desde febrero de 1818, era gobernador militar de Santafé. Montalvo fue instaurado en 1817 y Juan Sámano, gobernador militar de Santafé, nombrado virrey en 1818.

Con el control del territorio y la ayuda de unos indios que emboscaban tropas en el sur, Sámano y Morillo controlaban la mayor parte de la Nueva Granada, si bien había aquí y allá algunos batallones rebeldes que hubieran podido ser identificados, como el de Cachiri y Calzada, que había derrotado a Rovira en una batalla muy cruenta. (Ion todos estos éxitos del coronel Julián Bayer, de Francisco Warleta, Donato Santacruz, Miguel Latorre, Sebastián de la Calzada y el brigadier Juan Sámano, los realistas creyeron que habían logrado restablecer completamente la autoridad de Fernando VII

En una carta muy apasionada de mi hijo Serafín se habla sobre los planes para el futuro, conformar ejércitos e invadir y dominar completamente la provincia de Venezuela reclutando mulatos y negros, unos vestidos de mosaico, otros a lo moro y una infantería vestida a lo húngaro.

Es muy bueno recordar el largo tiempo de paz de nuestra juventud, ahora que vivimos en un mundo distinto. Ya no se puede ir tranquilo a

ningún lado ni hablar de modo desenfadado con nadie. Ni siquiera estando borracho. Parece que lo más eficiente del gobierno y del ejército de ambas partes está en sus espías y sus delatores.

Por eso, ahora que escribo estas páginas, me guardaré muy bien de que se conozcan en los próximos meses o años. Solo las escribo para el consuelo de mi alma, y para que quede un testimonio cabal de mi peculiar situación.

Yo, que en realidad no he sido promotor de guerra alguna, y para mí todas son ajenas. Sin embargo, cual-

quiera diría, el Señor se ha cebado en su siervo prodigándome estas angustias que probablemente no cesen en lo que me queda de vida.

El hecho de saber que mis dos hijos están vivos y que su destino y su juventud se pueden llenar de buenos hechos y de bellas lides, quizá de hijos y de nietos, me consuela a pesar de pagar el precio de que los tres estemos separados para siempre. Es un precio alto. No es el cadalso, es cierto, pero es la ausencia perpetua. Y las ausencias perpetuas hieren las almas, especialmente aquellas que están ligadas por lazos como el de los padres desde la infancia.

Además Eulalia, su tierna madre, llora por sus hijos perdidos, a quienes tanto ha amado. A veces me dice que ella no tiene derecho ni a llorarlos, que Dios la ha castigado por barragana. Y a mi también. Pero ha valido la pena tener toda esta vida, incluso en el pecado, incluso en la guerra y la turbación.

Si no, ¿hoy qué seríamos? Unos curas dormidos, quizá muertos, enjaulados en sus oraciones y en sus pequeñeces.

Se fue tejiendo lentamente un sortilegio para que patriotas y realistas se encontraran en batalla. Ya habían existido, en los años 1815 y 1816, encuentros esporádicos y relativamente fortuitos entre las tropas.

Se hacía imprescindible que a partir de las acciones de 1816 y los fusilamientos de tantos patriotas, a partir de la campaña de restauración y reconquista de Morillo y la introducción de tropas nuevas y pertrechos por parte de ambos bandos, la guerra se hiciera algo real, implacable y pertinaz. La sed de venganza se hizo cada vez más artera.

De esa pertinacia artera hablaremos mucho aquí, y sobre ella habrá de tejerse la materia sutil de estas cartas, que lo único que pretenden es mostrar los dos lados de la verdad, por un doliente que tuvo que sufrir las balas y las heridas de ambas partes.

Los realistas habían logrado conquistar territorios muy grandes de la Nueva Granada. En Nariño, en el Cauca, ya desde el despacho del general Melchor Aymerich, estaba claro que era necesario recomponer las tropas que en otras partes del imperio habían logrado extraordinarias victorias. Era lo mínimo que se podía hacer por Fernando el deseado, Fernando el suspirado.

En el Cauca y en Antioquia nadie hablaba de libertad sino con repulsión. El rey estaba muy lejos del mundo, pero muy cerca del pueblo. Especialmente de aquel pueblo que ni siquiera imaginaba cómo era su corte, que ni siquiera podía referirse a él con una expresión creíble, porque nunca había oído, ni sabido, ni visto nada que estuviera ni remotamente cercano a la realeza de España.

No sabían que España había sido invadida, vapuleada y humillada por las tropas francesas, que los propios españoles huían perseguidos o se refugiaban como bandoleros en los campos, las dehesas y las cuevas para intentar resistir el yugo francés.

En fin, los neogranadinos de las tierras profundas estaban tan, tan lejanos del mundo y de sus avatares que se imaginaban que todo seguía dándose como siglos atrás. Por eso, el que proviniesen los patriotas de

Angostura y de la lejana Caracas les parecía la expresión demoníaca de una fuerza destructiva que no podía tener en realidad nada de bueno. Los curas despotricaban de los generales patriotas, de sus malas costumbres, de sus creencias ateas y de su espíritu masónico. El pueblo se aterrorizaba ante esas acusaciones que no podía comprender. Aquellos meses estuvieron marcados por homilías apasionadas y de acusaciones intempestivas, por la epifanía de una catástrofe que de modo siniestro se fraguaba en Venezuela y que iba a contagiar, como una peste ponzoñosa, a la Nueva Granada.

A pesar de que estas ideas fueron contenidas por algunos, la inmensa mayoría las creía, y Morillo se había preocupado muy bien de que se dieran a conocer y se difundiesen por todo el territorio, de modo que aquellos que las adoptasen tuviesen temor y el rechazo generalizado los acompañara. Después de que de Angostura saliesen tropas para formar un consejo de gobierno, en 1818 otra vez del correo del Orinoco, Páez formó un ejército en Calabozo y emprendió la campaña del centro. Sin el ejército formado por Páez y sus lanceros, tan bravos, poco habríamos podido hacer nosotros los neogranandinos.

Entonces, y después de preparar un congreso constituyente con delegados de provincias libres, entre el 15 de febrero y el 20 de junio de 1816, con desparpajo y desenvoltura, con una nutrida esperanza de que aquello sería un llamado definitivo a la rebelión, se expidió en Venezuela la Ley Fundamental de la República de Colombia y Simón Bolívar fue designado presidente.

Los bravos llaneros venezolanos y mil indígenas de las selvas del Caroní completaron las filas de Páez. Además vinieron otros contingentes y otros soldados oficiales, incluso del ejército británico y algunos irlandeses.

Empezó a cambiar el panorama de lo que habría de ser el apoyo de la revolución, y no solo porque se hiciera más grande y más nutrido, sino

porque empezó a tomar un aire de triunfo.

Las tropas realistas de la Nueva Granada se llenaron de temor e, incluso, hubo algunos brotes de insubordinación. Morillo tuvo que enviar a algunos de sus más fieles oficiales a controlar y reprimir la oleada de pavor que prendió como fuego en paja seca durante aquel mes de junio.

Pero la campaña del centro, de Bolívar y de Páez, la toma de Caracas y los movimientos emprendidos durante este temprano 1819 habían fracasado. Por ello Bolívar se empeñó en una estrategia nueva y comunicó a sus generales la necesidad de penetrar a la Nueva Granada por donde menos lo esperaba: por el oriente, desde los Llanos, trepando la cordillera oriental y sorprendiendo a los realistas en Santafé.

Tal plan audaz, decía Bolívar, no tenía posibilidad de fallar. El general de brigada Santander tendría la vanguardia de las fuerzas, y desde Casanare formaría un cuerpo militar. Fue hasta Angostura surcando el Orinoco a buscar armas, pertrechos, pólvora, plomo para los fusiles y otros muchos aditamentos militares que bajo la rigurosa y minuciosa compañía de Soublette le darían a las tropas de los patriotas una nueva fuerza y una capacidad extraordinaria para destruir toda resistencia y para menguar toda distracción que pudiera conducir al fracaso.

Así lo leí yo en las cartas de mi Eustaquio, mi hijo zarco querido, un hombre tan cabal y lleno de fe, tan bienintencionado. Como cualquier padre de cualquier lugar del mundo, habría querido tenerlo a mi lado. Ese joven precioso, cargado de buen ánimo, y de inteligencia profunda y verdadera; una gracia como la que pocos pueden haber tenido en la vida. No es que no ame igual a mi Serafín, pero sé que ha venido al mundo con más habilidad para defenderse solo.

Todas las tropas arropadas reunirían apenas seis mil soldados, y, sin embargo, esos seis mil soldados estaban de lado y lado dispuestos a definir la contienda.

Entonces, de manera largamente esperada, se inició la batalla. La lucha que habría, además, de marcar el destino del pueblo, la forja de la nación, la aparición de un mundo nuevo plagado de gloria y de incertidumbre. Ese es el mundo que he tratado de narrar en estas hojas sueltas. Un mundo desmesurado.

El teniente general Pablo Morillo, comandante del ejército expedicionario español, estaba en problemas. No tenía una escuadra que controlase las costas, y los buques ingleses e irlandeses ayudaban a los rebeldes asfixiando las naves españolas. Estos corsarios habían podido evitar que Bolívar ocupase la Guyana y que el desastre cayese sobre Caracas y Santafé, o al menos sobre la sola Santafé, capital de lo que Bolívar pensaba sería su Gran Colombia.

Además, estaban escritos ya los documentos y preparadas las leyes. A la Nueva Granada, a pesar de sus reticencias, había que obligarla a ser libre.

Y entonces, algo tremendo les pasó a las tropas realistas al llegar el mes de julio. Empezaron a perder la solidaridad de los curas y cada vez hubo más religiosos rebeldes, como Ignacio Mariño, Ramón Nonato Pérez y Antonio Redondo.

Como si aquello no fuera poco, una asamblea de notables apoyó con toda fuerza al general Santander, apenas un joven de veintiséis años, pero cargado de determinación, un bartolino formado por antiguos profesores jesuíticos que se habían quedado después de la expulsión o se habían convertido a otras comunidades y habían adoptado ideas francesas. Tenían, por tanto, la cabeza llena de ideales, de nostalgia y de confusión.

Al pasar el río Arauca, la Pastora, el Sirambombe, Hato Corozal y Chire, finalmente llegaron a Pore el 22 de junio. Ese pueblito marcó el comienzo de un destino que cambiaría la faz de la Nueva Granada para siempre. Desde aquí se labró en secreto la tenue faz de la victoria.

Nosotros no comprendíamos por entonces la magnitud de lo que estaba preparándose. La aparición de nuevos patriotas y de nuevos aliados, las cartas, los documentos, la preparación de los soldados, todo hacía temer que quizá los esfuerzos de Barreiro, comandante de la Tercera División, no fueran suficientes para contener los infinitos espacios de los Llanos, donde se realizaban las maniobras de las tropas.

Este Casanare es tan grande, tan inmenso, tan peligroso y plagado de bichos, alimañas y serpientes que solo los llaneros más acostumbrados podían transitarlo sin peligro.

Es cierto que las tropas de Barreiro estaban preparadas, pero no sabían exactamente por dónde iban a penetrar la cordillera los patriotas. ¿Salinas, Paya, Pueblo Viejo, Miradores? ¿Por el Valle de Tenza, Medina, Cáqueza? Hay pasos de páramos, inmensas montañas muy frías... ¿Se atreverían a marcharse por Pisba?

Mal vestidos y mal preparados como estaban, incluso sabiendo que costaría la vida de los más frágiles miembros de la escuadra, se avinieron por esos parajes fríos y desolados. Los batallones se dispusieron a alcanzar las montañas de Boyacá y las mesetas lo más rápido posible. Desde el final de junio y durante el mes de julio, Bolívar se la jugó toda. No sabía si ganaría, pero creyó en su audacia, vigiló los pasos e impulsó a las tropas. De manera sorprendente, le llegaron refuerzos de Socorro, de Suatá, de Iasco, de Santa Rosa, de Tunja, y sus ejércitos se fueron sintiendo mejor preparados y dispuestos para dar los golpes que aniquilarían la resistencia española, ya de por sí moralmente golpeada, humillada y debilitada en los años anteriores.

Todo esto habría de añadirles fuerzas a unos y quitárselas a otros.

El reino del terror de Morillo y del temerario general Pascual Enrile, quien aprendió la crueldad de su padre, dedicado al comercio de esclavos, se mantuvo desde 1816 hasta 1819. Cientos habían sido perseguidos,

encarcelados y fusilados. Los abogados eran vistos con gran recelo por la Corona y por sus representantes. Por lo menos veintiocho fueron llevados al cadalso por orden de las autoridades de la Restauración, y la crueldad con la que eran paseados en público y luego ejecutados era providencial. Los patriotas tenían que responder con la misma ferocidad, y por eso para mí era temible la disciplina de cualquiera de los bandos.

Mis dos hijos habían crecido en medio de la alegría y tranquilidad. Se habían alimentado bien. Habían aprendido cosas de la vida, pero muy poco a poco, como las aprenden quienes están destinados a vivir y a anhelar una larga vida. Crecieron con buena ropa, estudiando, tenían libros a su alcance, y aunque algunas personas en Pamplona los miraban con recelo, tuvieron amigos y estuvieron siempre bien rodeados. Por tanto, no padecieron los avalares que, me cuentan, otros muchos tuvieron que soportar en otros lados del Nuevo Reino.

Muchas mujeres fueron ejecutadas o desterradas. Muchos mártires sufrieron la pena del destierro a perpetuidad, como Rafael Rivo y Quiroga, o como el clérigo Rosillo, nombres que se habían hecho famosos en ambos lados de la contienda.

Esa lejana España que nos había dado la lengua, la religión y la cultura, que había sobrellevado continuamente nuestra libertad durante siglos, ahora, cuando estaba humillada y perseguida, cuando el rey huía, nos mostraba otra cara. Una cara en la que no se podía reprimir sin sentir cierta compasión por su sufrimiento. Pero también se defendía ferozmente contra los vientos que soplaban de todas partes: contra el impulso de Francia y de Inglaterra por arrebatar los territorios y dominios que habían sido durante siglos administrados por la Madre Patria, de la que probablemente viviríamos a partir de ahora más separados, aunqueuviésemos a cuestas sus herencias.

Ahora me doy cuenta de que esa campaña de libertad no había sido preparada con el rigor que se espera de las empresas militares. Solo

aproximadamente. La Guardia del Orden Libertador, creada en Mompox en 1813, en la Campaña Admirable, y acompañada por los planes preparados desde diciembre de 1818 en Angostura, y después a través de una marcha peligrosa que mató sin piedad a muchos hombres en el páramo de Pisba y en otros lugares, para llegar casi desnudos a combatir en tierras gélidas, había sido, por qué no decirlo, algo temeraria.

Aún quedaba por hacer toda la independencia de Venezuela. Aún quedaban los lanceros de Llano arriba y los ingleses dispuestos a nuevas batallas. Aún estaba Soublette dirigiéndose a Apure para unirse a Páez después de establecer la defensa en Pamplona.

El mundo en el que nada estaba nunca dicho del todo, completo. La independencia, pues así se llamaba .1 este nuevo estado al que debíamos acostumbrarnos, iba llegando lentamente, convenciéndonos de que algo había cambiado para siempre y que quizá a pesar de nuestros esfuerzos por mantener las cosas como estaban ya no sería posible volver del todo a las viejas prácticas, aunque casi todo se veía igual.

Por eso, larga y duramente, empecé a entender que a pesar de la modestia de mi cargo y la precariedad de mi labor, había hecho algo en la vida, había hecho algo bien: mis hijos vivían, habían sobrevivido, y aunque yo probablemente jamás conocería sus destinos, me sentía bendecido y bien pagado por ello.

Mis hijos decían en sus cartas no haber aguantado hambre sino cuando fue estrictamente necesario. Aun así, era posible siempre llevar algo en la cartuchera. La comida en la campaña era mala pero había hallacas del lado realista y algunos arroces atollados del lado patriota. También se podían encontrar hallacas en el lado patriota y arroces atollados en el lado realista.

Los escribientes eran personas bien tratadas y bien recibidas, y aunque en algunas ocasiones quedaban en riesgo de morir en la batalla o de recibir metralla por

explosiones de cañones y de bombardas, estas fueron muy pocas.

El mayor enemigo eran los fríos y las pestes. Las fieras del camino, los cambios del clima, las enfermedades y las muchas complicaciones que trae el estar siempre un poco sucio, un poco mojado, carecer de alimento y medicinas.

El hecho de que ambas tropas fueran colombianas, que ambos bandos tuviesen una inmensa mayoría de granadinos inexpertos y atemorizados, quizá como en el caso que os narro, hermanos enfrentados a hermanos, padres a hijos, o abuelos a nietos, nos mostraba que el mundo que creíamos eterno, confiado e inmutable ahora ya no podía seguir siendo el mismo. Cada quien tendría sus cuitas y lamentos, sus tristezas y sus pérdidas. Quizás en las noches, algunos arrebatos de ira mal contenida. Pero así es la vida, así lo dispuso Dios en esta tierra que había sido libre por tanto tiempo, en donde se podía llevar una existencia dulce, pacífica y pueblerina.

Seguramente ahora que la guerra ha terminado, por lo menos confiamos en que no volverá pronto, habrá tiempo para rehacer lo que quedó medio deshecho. Reconstruir las casas caídas, las tejas rotas, los patios arruinados. Volver a hacer que las acequias se llenen de agua y las cementeras de plantas nuevas y de frutos nuevos. Y quizás, y lo más importante de todo, que los hombres vuelvan a sentarse juntos a compartir el alimento.

El ejército expedicionario de Costa Firme, del general Pablo Morillo, junto al coronel Julián Bayer, Francisco Warleta, Donato Santacruz, Miguel de la Torre, Sebastián de la Calzada y Juan Sámano, había hecho un recorrido exhaustivo de las tres cordilleras y sabía que el punto más débil era el oriente. Tras cuatro años, después de zarpar de España con diez mil quinientos hombres para intentar contener la inquietante semilla de la independencia de estas provincias que se les estaban escurriendo de las manos, a pesar de mantenerse en pie en su ejercicio de purificación, este

consejo de guerra permanente era algo ingrato.

Además, se enfrentaban a adversarios altamente preparados. Ejemplo claro era el patriota Soubllette, un general de clase superior, muy parco y profundo a la hora de entender tanto los asuntos de la guerra como los de la paz. En medio de poblaciones analfabetas y de ejércitos ignorantes, sabía traducir todos los mensajes a la tropa con una habilidad y una profundidad extraordinarias. Nadie tenía duda sobre cuál debía ser el movimiento, cuál debía ser el esfuerzo. Y ayudaba a todos, haciendo lo más simple. Soubllette se aseguraba de tener todo a cuenta, era muy organizado. Algunos dirían que era un hombre nostálgico y triste, puesto que tenía sus tardes de bruma, pero ¿quién no las tiene? ¿Quién no está de vez en cuando abocado a abandonar el paraíso, o al menos a contemplar la cercanía del infierno?

Una de las pasiones de los hombres de ambos bandos eran los caballos. La elección de sementales españoles cuadralbos de grupa redonda, de troteros, de buenas yeguas para la remonta, de potros enérgicos y llenos de gracia, era la mayor de las artes entre los soldados.

Los oficiales se enorgullecen mucho de poder identificar a los buenos caballos, incluso a los buenos mulos. Habían llegado a la Mesa de Yeguas del Magdalena para reforzar a la caballería del ejército realista, y por tanto era necesario traer también de Venezuela caballos frescos y vigorosos. El asunto podía llegar a ser fundamental, porque la caballería estaba en el centro de las acciones de guerra y de su disposición, de su manejo, dependían en buena medida la estatura del combate, la rapidez de las tropas, la posibilidad de apoyar a la infantería cuando fuera preciso.

También, si era necesario, daban el vigor para huir de la batalla y no caer prisionero y morir fusilado por el enemigo. Los caballos eran el mito viviente de las mesnadas, que, además de sus largas lanzas, debían tener dispuestas y bien pertrechadas en las bestias las raíces de su victoria.

Todos aquellos patriotas que fueron derrotados por la reconquista de Morillo, y que con el rabo entre las piernas y sin caballos habían tenido que huir ya fuera de tierras venezolanas o de la Nueva Granada, se refugiaron en los Llanos y finalmente fueron a dar a órdenes de Páez. Se hizo preciso que los lanceros del alto llano, los guías del Casanare y los dragones, los bravos de Páez, los rifles ingleses, el Primero de Barcelona y otros muchos regimientos y batallones adquiriesen conocimientos de primera mano sobre cómo conseguir buenos caballos, cómo cuidarlos, mantenerlos y protegerlos cuando fuera preciso. Cómo vadear rápido los ríos... en fin, todo lo importante.

En los días de la derrota se lloraba a los hombres muertos, pero también a los caballos heridos o caídos en combate, con las mismas lágrimas. Con la misma pena. Hasta las muías muertas eran echadas de menos, por lo valiosas.

>xc

Tras pasar el Arauca, el 4 de junio, las tropas del general Simón Bolívar entraron en el virreinato para jugarse la suerte. Atravesando el Llano, debían encontrarse con las tropas de Santander. Se demoraron siete días en llegar al Gravo, y de ahí tres días hasta Tame, pasando por Betoyes, un pueblo lleno de entusiastas patriotas.

Como ya he dicho, pasar los ríos es algo muy difícil, entre pantanos, charcos inmensos, esteros y trampas, muchas veces infestadas de culebras como las del río Ele. Con grandes penalidades llegaron a Tame las tropas de la orilla de Venezuela. Allí, el ejército se unió con el de Casanare, la llamada División de Vanguardia de Santander.

José Antonio Anzoátegui, quien con tan solo diecinueve años se había hecho a la causa libertadora, destacando en las campañas de Guayana y en batallas como las de Araure y la primera de Carabobo, se sintió muy bienvenido. Las tropas de dos mil hombres finalmente llegaron a fundirse en cuatro mil. Parecía que había valido la pena, entonces, el esfuerzo de Angostura y las dificultades que habían atravesado, como las proezas de Páez en Queseras del Medio y las penalidades propias de una marcha que se desarrollaba quizá en la época equivocada: en invierno.

Por tanto, fue necesario que las tropas de mi Eustaquio descansaran en la meseta de Tame. El hambre los acicateaba y vapuleaba. Tras recuperarse del esfuerzo quedaría el gran desafío de la cordillera.

Al salir de allí el 17 de junio, vadeando el Casanare y el Chire, recorrieron pocos kilómetros muy arduos con el fin de ponerse en un lugar adecuado para cruzar esa oscura cordillera. Buscaban el mejor camino y hacer perder el rastro a los espías de Barreiro.

El 23 de junio, tras seis días de esfuerzo, llegaron a la población de Apure. Por allí comenzaron el ascenso. Poco a poco, el viento frío fue reemplazando el calor del llano y las matas de monte empezaron a

cambiar. Hubo un poco más de comida y de cementeras para las mesnadas llaneras.

Las dos mil tropas neogranadinas dirigidas por Santander eran muy limpias y bien disciplinadas, pero menos expertas o audaces que las tropas venezolanas. Las muías y los caballos iban marcando la pauta de la cordillera. Eustaquio cuenta en sus cartas cómo las hacían trepar y, a veces, cuando alguna se despeñaba. Y con ella se caían las esperanzas.

El camino era arduo, pedregoso, traicionero. Varios bultos se cayeron y algunos hombres se lesionaron. Dice Eustaquio que ante las dificultades de la cordillera muchos hombres pidieron licencia a Anzoátegui, a Soubllette o al propio Santander, pero a nadie se le concedió. Era preciso que todos subieran, que todos atravesaran. Después harían falta todos los hombres, todas las armas, toda la pólvora para garantizar la victoria.

Atrás quedaba Venezuela y su mundo cálido. Atrás el Llano, atrás sus aires, sus ganados, sus peligros, su abundancia. Ahora había que marchar hacia el frío con valor, con entereza, masticando trozos de panela.

Con los doce mil fusiles del general Santiago Mariño, los mil ochocientos quintales de pólvora y los veintidós navios, el ejército de Bolívar tomó un extraordinario brío en Venezuela. Ahora ya no era una tropa desabastecida, sino un grupo de cuatro mil jinetes, muchos de los cuales tenían mucha experiencia, y sobre los restos donde se habían formado contingentes de jinetes que habían derrotado a la primera república se construyó una contraofensiva patriota que había alcanzado, ahora sí, en este año de 1819, dar el gran vuelco.

Pero no era en Venezuela donde había que luchar, sino en la Nueva Granada. Así lo entendió Bolívar desde el comienzo, y así lo hizo saber a todos sus oficiales: los más disciplinados, los más serios y hasta los que habían mostrado un ánimo díscolo, un espíritu rebelde.

A cambio, las cartas de Serafín mostraban un panorama más difícil.

Los realistas no podían reponerse del todo de la pérdida de Angostura en 1818. La ocupación de la Guayana por Bolívar y una serie de catástrofes de esa naturaleza hicieron presumir a Morillo que tarde o temprano Caracas y Santafé habrían de caer en manos de patriotas.

En todos los casos los llaneros del Orinoco fueron la clave del desarrollo militar de una tropa que los realistas neogranadinos no sabían combatir y los oficiales españoles, quizá desgastados por tantas batallas y tantas derrotas, tantas idas y venidas, tantas pérdidas y tan pocas ganancias, ya no sabían traducir en estrategia de victoria que pudiera llegar a una reconfiguración ni a una restauración plena de los territorios que el rey había perdido en la América.

El día 23 de junio las tropas se elevaron a Nunchía y dos días después llegaron a Morcôte, una población gris, bañada y atizada por la lluvia. Dos días más tarde, los cuatro mil hombres tuvieron que enfrentar en Paya a las tropas realistas y obtuvieron una primera victoria que les resultaría decisiva al cabo de los meses: con ánimo, treparon a Pisba, donde llegaron el 30 de junio. Los días de la montaña y del frío, que se extendieron hasta la llegada a Socha entre el 4 y el 6 de julio, fueron de gran sufrimiento. Las mujeres del pueblo les dieron sus vestidos para aguantar el frío, y se cuenta que más de cien hombres atravesaron el horrible páramo chuscamente vestidos de mujer.

Tras una breve estancia en I asco el 9 de julio, tuvieron que enfrentar una segunda batalla en Gámeza. Esta vez la victoria no fue tan amplia ni tan contundente, pero de todas maneras fue rejuvenecedora. Fue una ocasión para volver a comer las gachas vivificantes.

La marcha por Chitagá y el Cocuy hacia Boyacá estuvo plagada de emboscadas. El coronel Sebastián de la Calzada enfrentó con vigor a las tropas patriotas, y sobre la cordillera oriental puso en aprietos al general Santander y a Anzoátegui.

Sin embargo, la serenidad de Bolívar y su capacidad para reconocer

las dificultades del campo de batalla y empezar a ponerlas a su favor, para aprovechar la experiencia de las tropas de García Rovira a pesar de los reveses, hizo que Calzada no pudiera obtener una victoria plena en Cachiri, y que ya comprometido con este esfuerzo el ejército libertador no fuera detenido.

Después de la fuerza que habían tenido en Pore, después del paso de Pisba, después de la victoria en Paya, los que habían empezado la campaña como inexpertos militares llegaron a Belén de Cerinza como grandes conocedores.

El mes de julio tuvo un tiempo un poco más agradable, la comida fue más abundante, los llaneros se sintieron mejor y los neogranadinos, más confiados. Sin embargo, aunque no había victorias contundentes, el ánimo de Barreiro, su capacidad de recuperación y la astucia de Isidro Barrada todavía no habían sido completamente conocidos ni tomados en cuenta. Hasta

ese punto, cualquiera podía haber vencido y el genio militar de los grandes capitanes estaba equilibrado.

Serafín dice en sus cartas que el general Barrada se quedaba largas horas pensando en los momentos de las tropas de Bolívar y en los avalares que estarían sufriendo, paralelos a los que vivían las tropas realistas. Barrada sugirió un plan a Barreiro, que a la postre fue descartado, para reorganizar las tropas en el piedemonte occidental de la cordillera, quizá para esperar que tropas del sur viniesen a apoyar el esfuerzo realista y construir un frente más amplio.

Ahora que todo ha pasado, creo que la idea de Barrada era audaz y pertinente, pero Barreiro estaba desesperado por detener a Bolívar y ojalá hacerlo preso, fusilar a Santander, o llevar a los oficiales venezolanos al cadalso al estilo de Morillo.

Quizá la juventud de Barreiro le hizo perder la cabeza, mientras

Barrada, más maduro, aconsejaba la prudencia de un soldado de muchas batallas, que además había saboreado muchas derrotas. Ya sabemos que la derrota es amarga pero obliga a pensar y a dar cada paso con supremo cuidado.

Por eso yo, que en realidad solo he sido un observador de la guerra, y que me he metido a esto involuntariamente, cuando lo mío eran solo las misas y los latines, las almas de los fieles encerrados en Pamplona o en Chitagá, ahora que he visto tanto y que tengo a mis hijos comprometidos con esta difícil y penosa guerra dispersos por el mundo, el uno victorioso, pero con una vida incierta, y el otro huyendo, quizá para siempre, de los fulgores siniestros de la independencia, yo puedo decir que he aprendido un poco de táctica militar y que habría preferido que las victorias no fueran tan definitivas, si es que de veras lo son.

Soy quien, andando el tiempo, ha podido rehacer sus pasos y enterarse de minucias de una guerra que hace tan solo unos meses nos resultaba a todos tan lejana e improbable, una quimera del presente que habría de marcar la faz del futuro, y que sin cambiar nada fundamental lo ha cambiado todo.

Ojalá nos sea posible deshacer lo mal andado y marchar hacia un mundo luminoso en el futuro, un mundo del cual a pesar de haber sufrido no tengamos nada de qué avergonzarnos.

Sabemos que Santander es una figura admirable, pero a la vez enigmática; desde sus años juveniles en Cúcuta ha mostrado una extraordinaria capacidad de organización. Muy distinto de Bolívar, casi nadie lo quiere. Muchos desconfían de él a pesar de sus hazañas y de la tenacidad de sus propósitos.

Desde que era alférez abanderado del batallón de guardias nacionales se preocupó por que las provincias unidas de la Nueva Granada se

enfrentasen al gobierno de Cundinamarca, ese gobierno débil y equívoco que no tardó en entregarse de nuevo a la Corona española.

Un sargento mayor del Batallón 5 en el ejército de la Unión apoyó a Bolívar para tomar Cúcuta en la Campana Admirable y llegó hasta Caracas con él. Luego regresó a enfrentar la reconquista de Morillo, y a pesar de haber perdido varias batallas, al lado de Manuel Servier, se refugió en el Casanare.

Finalmente, al consolidarse las fuerzas gracias a Mariño y José Francisco Bermúdez en Venezuela, Santander logró ponerse a órdenes de Bolívar en Angostura. Era un hombre íntegro, recto, fiel a Bolívar, pero en su condición de granadino era desconfiado y minucioso, lo que hacía que algunos generales lo miraran con recelo.

No hay duda de que conquistar la Nueva Granada había devenido en la mejor opción. En la aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión, y allí Bolívar explicó por qué era necesario tomar Santafé primero que Caracas.

Dice Eustaquio que muchos no entendieron las palabras de Bolívar, pero aún así, en vista de su ánimo y de su determinación, optaron por seguirlo. Allí empezó lo que habría de terminar con los fusilamientos de los jefes realistas españoles el 10 de agosto de 1819.

Quién sabe si por la intervención de otra gente las cosas hubieran sido de otra manera. No obstante, y puesto que así fueron, tal vez el designio divino lo dispuso de este modo para que todos obedeciésemos y acatásemos sus mandatos, y bendiciésemos el futuro que nos deparaba.

Los curas siempre tenemos rabo de paja. Sabemos que cualquiera se puede poner en nuestro lugar y decirnos lo que debemos hacer, pero sabemos también que nosotros no podemos ponernos en el lugar de los demás con facilidad. Incluso para las homilías, para juzgar y condenar, todo debe hacerse conforme a la doctrina.

Como este es un país de mestizos y de criollos, no existe propiamente la raza de indios puros, sino mezclas de blancos, indios y negros, que muchas veces se asentaron en los resguardos para disfrutar de los privilegios reales. Allí muchas veces era difícil predicar, y, sin embargo, los indios eran obedientes. El único enemigo de la doctrina para nosotros los curas era la ociosidad, la holganza.

El ejército los obligaba a ponerse de pie temprano, a organizarse, a limpiarse, a tener una disciplina de soldado y a responder a las órdenes muchas veces perentorias de sus superiores. El Santo Bautismo los protegía, les daba nombre y también protegía a sus hijos. Pero la mayor parte de los indios de las misiones, muy ligados a los agustinos, franciscanos y dominicos, eran fieros realistas simplemente porque no querían un cambio abrupto y definitivo como el que les esperaba con los patriotas.

Llevaban siglos de obediencia cimarrona, indirecta, taimada. Algunos de ellos apenas si hablaban el castellano. Debido a la lejanía y a la casi infinita distancia de la capital del virreinato, había con respecto a ellos una tolerancia y una maña especial para administrar su carácter, sus vicios, sus resabios.

Cuando me contaron de las revueltas que los indios tuvieron en el sur, especialmente la resistencia de Agustín Agualongo al paso de las tropas patriotas, e incluso su ferocidad en el combate, nada me extrañó. He conocido a los motilones toda la vida, y la verdad es que son una tribu peligrosa, casi indescifrable. A veces tan de buenas, a veces tan de malas, se dejan llevar por la maña, la convicción y la persuasión. Muchos obedecen apenas lo suficiente para ser considerados cristianos, pero su lado salvaje pronto se manifiesta. Y cuando alguien quiere obligarlos a hacer algo, pueden llegar incluso a matarlo sin piedad.

No todos los indios son como los motilones, por supuesto. Pero solo Dios sabe cómo pueden ser gobernados, y su ladina condición, sus

recursos, su conocimiento del terreno, su capacidad para moverse en las selvas y las montañas siempre han sido estimados. Siempre lo serán. Por eso, pelearse con ellos o tratarlos con brutalidad ha sido una mala política. Apenas si alguien sigue por la experiencia semejante precepto. La prueba está en que quien así lo ha hecho siempre acaba mal.

Una de las curiosidades que Eustaquio me refirió en una de sus cartas tuvo que ver con la llegada de ingleses e irlandeses a los ejércitos patriotas, de los cuales los más importantes fueron Rooke y Fems y el general Mac-Gregor, que habían formado un regimiento, conocido luego como la Legión Británica. Se dice que eran unos seiscientos hombres, pero en realidad eran muchos menos, según cuenta mi hijo. Los llaneros los miraban con extraordinaria curiosidad por su pelo, su cara, sus ojos y sus costumbres. Por la manera tan extraña y tan distinta que tenían de tratar las armas y los terrenos. Incluso, hasta el uso de los uniformes.

Es cierto que andando el tiempo hubo entre ellos oficiales extraordinarios que, como Rooke, se amoldaron bien al paso y a la forma de ser neogranadina y venezolana. Pero a pesar de lo útiles que fueron y de lo decisivos en ciertas circunstancias, como lo atestiguaron algunos después, los que tenían que aprender eran ellos y no nosotros. Por ejemplo, en el paso de El Tablón, de Morcóte o el páramo de los Llaneros, los británicos iban detrás y con sus caballos pasaban y repasaban las corrientes exactamente por el sitio que habían marcado los llaneros y los guías neogranadinos. Y aunque de vez en cuando uno que otro quería trazar su propia ruta y adelantar su propio camino, siempre les fue mal y resbalaron. Se cuenta que unos pocos murieron despeñados, sobre todo cuando la alta montaña empezaba a hacer su oscura exigencia y a tomarse con su mano el rigor de la venganza que estas tierras americanas han tenido reservadas siempre para los inexpertos.

Cuentan que hubo días muy difíciles en los que fue necesario aguantar hambre porque se llevaban a la remonta caballos y ganados para alimentar

a la tropa, como lo que pasó en Morcôte cuando fue necesario ordenar detener la marcha del ejército mientras llegaba el ganado.

En esa ocasión, Soublette era el encargado y Eustaquio, su hombre de confianza. No obstante, al llegar a Paya, fue necesario enfrentarse a los realistas cuando dijeron que había que pasar un estrecho puente y un fuerte de piedras de siglos atrás para detener a los indios tamaras. Allí se atrincheraron cincuenta soldados españoles de la Tercera División. Juan de Figueroa, el distinguido general patriota, había puesto ciento cincuenta soldados en posiciones para emboscar a los realistas. El batallón de cazadores se dividió: una parte comandada por Antonio Arredondo en una posición alta y Santander en la otra facción, con Joaquín París como sargento mayor, atacaron en Paya a las tropas que Barreiro había enviado para cortarles el paso. Allí, un pelotón de guías de vanguardia al mando de Juan José Reyes Patria atacó a los españoles y los obligó a recular.

El 29 de junio, el combate de Paya fue heroico para los dos bandos. Aunque con pocos muertos, mostró la versatilidad de las tropas y la posibilidad que tenían de luchar en zonas de montaña. José Vázquez Figueroa informó a su comandante Barreiro que mil doscientos infantes y doscientos caballos lo habían atacado, y de esa manera quedó descubierto el camino de Pisba.

Los españoles confiaban en que el páramo se vengaría de los patriotas. Eso creían Figueroa y Sámano, por lo menos. Lo cierto es que a pesar de las horribles penalidades, la victoria de Paya dio un ánimo a los ejércitos y les permitió atravesar, como ya he dicho, mal vestidos y peor comidos, y muchos de ellos jamás preparados para semejante frío y altura.

Presas del soroche y de la hediondez, supieron sin embargo atravesar las montañas que marcaban la ruta hacia Santafé y abrían el panorama a un ejército que pocos días antes parecía todavía muy lejano, perdido, y para nada amenazante, de la presa de la Nueva Granada.

Comenzaba julio y las cosas empezaban a ponerse más difíciles para

los realistas. El camino de Pisba, de ganado llanero, era casi imposible de sortear en invierno. Aquel álgido tiempo fue lo que lo hizo tan difícil por esos días aciagos, entre el final de junio y el 5 de julio.

El 2 de julio pasaron por el pueblo, y el 3, en medio de la niebla y la lluvia, azotados por vientos helados, hicieron noche en Sabaneta sabiendo que algunos de ellos no podrían levantarse al día siguiente, ateridos de frío, sin médicos, curas, o emplastos que hacer para salvarlos.

El frío mata a los soldados desprevenidos y a aquellos que no saben remendarse las medias o tienen una ruana rota. El frío penetra con su furia, no deja en paz, hace doler, y cuando ya no duele es porque el soldado está casi muerto.

Nunca ha sido fácil contar desgracias, y fue una desgracia que la guerra dividiese el hogar pecaminoso que habíamos formado los cuatro. Eulalia, que en verdad es una señora admirable, aunque jamás dotada de educación

ni de refinamiento, me dijo una noche hace varios años que le habían dicho a ella que sus dos hijos se habrían de pelear a muerte. Y a pesar de que fueron dos hermanos normales que se aman y se pelean, jamás mostraron un odio alguno entre ellos. A pesar de ser diferentes, lograron ser complementarios.

Creo que fue gran merced de la Providencia que hayan estado relativamente a salvo entre sus tropas. Cada uno mereció un puesto de confianza, a pesar de su juventud, por ser buenos escribientes, cumplidos letrados, y han aprendido, también, a tragar tierra y a comer mierda.

Poco a poco, uno se va acostumbrando a las armas.

Yo tenía diecisiete años cuando vi por primera vez un mosquete. Diecinueve cuando vi por primera vez un cañón. Al oírlos retumbar todos nos aterrábamos. Pero en estos años de guerra nos hemos acostumbrado

al tronar de los cañones y el zumbir de los mosquetes. Y al hecho de que las vidas se van después de esas detonaciones.

También las plagas y el frío matan a la gente. Y la muerte, sobre todo nosotros los curas, la vemos con mucha fe como el paso hacia una vida más plena y más pura. Aunque conozco algunos que reniegan de ello y dicen que tras la muerte solo se cae al vacío. Que Dios no existe, que nunca existió, que es una invención de los hombres.

Llegan libros de Francia diciendo eso, y grandes autores y doctores defienden esas tesis, no solo heréticas sino aventuradas. Pues si bien la única razón por la que podemos decir que son falsas es la existencia de nuestra fe, la única razón por la que ellos pueden decir que son falsas es por la existencia de fe; una contrafe, la fe en el vacío, en la nada, en el absurdo, en la muerte. Según ellos, habríamos venido a este mundo porque sí, y también porque sí nos iremos de él. El hombre no tiene ninguna misión, ningún sentido, y su espíritu está cegado por ilusiones, y solo de alimentarse frenéticamente, de copular, de sobrevivir a las luchas intestinas, está hecho su destino. Todo lo demás es una quimera, una habladuría, una invención.

Esa inquietud, en realidad, marcaría el rumbo del futuro. Un ejército no puede combatir si no sabe exactamente cuántos son sus enemigos, qué pretenden, o acaso pueda establecer así una estrategia defensiva, y quizás una derrota anticipada. Creo que eso fue lo que pasó cuando los soldados patriotas llegaron a Socha y se organizaron de nuevo, dolorosamente.

El ejército realista no había sufrido tanto, estaba en buen estado, y contaba con suficientes provisiones. Lo que le faltaba era quizá una fiebre para combatir que, en cambio, sobraba a los de Apure o a los de Andrés Ybarra, y que infundían a los recién llegados. Ese fue el recóndito secreto de su victoria, y así lo he repetido a los que me han preguntado.

El mes de julio fue transcurriendo con mucha cautela. Cuando los patriotas se movían, el campo estaba lleno de ojos que miraban con

asombro. Ojos de espías, pues eso éramos todos sin saberlo —o sin quererlo—, porque vivíamos muertos de miedo.

Barreiro, en el bando opuesto, estaba siempre esperando mayores refuerzos. Así fue como los desplegó con desafiante descaro. Batallones bien dispuestos se pusieron en contra de los patriotas, el Primero del Rey, el Segundo de Numancia y los Dragones de Granada se fueron hacia La Mesa.

Los patriotas estuvieron sitiados y derrotados en Gámeza el 11 de julio, y no pudieron responder. Allí murieron el capitán Antonio Arredondo y once soldados más. La batalla sirvió para que Barreiro y Sámano se percatasen del estado de las tropas propias y de las enemigas. Estaban confiados, porque pensaron solo en asuntos de magnitud y de pertrechos, y no en el precario espíritu de las tropas. No vieron, o no quisieron ver, que los realistas estaban agostados por falta de valor o de perrenque, y que no tenían ya mucho que ofrecer a nadie.

Por el momento todo les sonreía. Es que, según contaba en sus cartas mi Serafín, había motivos para tener confianza por parte de Morillo y sus aliados, porque a pesar de la avanzada exitosa de los patriotas, su estado de guerra era lamentable: estaban en los puros huesos. Tenían un andar cansino, diría yo, pues no habían comido bien en semanas. Muchos cayeron prisioneros en la batalla de Gámeza, por falta de fuerza. Esos prisioneros fueron fusilados sin piedad alguna, y de manera inmediata, por los oficiales realistas.

El problema más grave de la batalla fue el uso de la pólvora, que había dejado a los patriotas casi sin munición. Y sin embargo, la valentía de algunos de los hombres que fueron fusilados o capturados y la fuerza de los que huyeron en las montañas metieron un poco de miedo a las tropas realistas, que ya empezaban a ver dificultades en el porvenir.

Serafín escribió en su carta que don Isidro Barrada se había quedado muy pensativo, y después de media hora en silencio, metido en sus

elucubraciones, lo llamó y le dijo: «Querido Serafín, no me gusta decirle esto, pero hoy he visto que vamos a perder. Que tendremos que huir y buscar guarida en otra parte».

Bolívar no era un hombre tranquilo. A pesar de saber manejar las situaciones y moverse con habilidad en muchos ambientes, se notaba angustiado, incluso desesperado. A veces decepcionado. Su vida en Venezuela había sido muy dura, había pasado por muchas inquinas y contradicciones, y se le había juzgado incluso entre los suyos como más bien un sedicioso que alguien que pudiese prodigar libertades a naciones inmensas y desconocidas.

Su hermana María Antonia, que era una fiera realista, le advertía constantemente los peligros de la par-docracia y del igualitarismo, de esas ideas liberales en

las que nadie creía en Venezuela y quizá menos aún en la Nueva Granada.

Tal vez unos pocos lectores de aquello y de esto, seguidores de él o de Francisco de Miranda, podían haber leído en francés trozos de textos revolucionarios que los arrastraron casi hasta la locura. Pero la inmensa mayoría no entendía de nada de esto.

Yo mismo me vi involucrado varias veces en discusiones tontas de las que no había manera de salir, sobre si convenía una cosa o la otra. Todo quedaba en nada. Los propios curas estaban divididos. Dicen que agustinos y franciscanos disputaban sobre esta materia y a veces hasta expulsaban a algunos de sus fieles por tratos con la masonería o por leer a Voltaire o a Rousseau. Y, sin embargo, miraba yo la cara de la gente del pueblo, de la gente sencilla, y no tenían la más mínima sospecha de que llegaban tiempos nuevos con ideas nuevas, de que había libros revolucionarios, de que alguien podía enarbolar un fusil contra el rey, o incluso derrocarlo.

Se vieron muy sorprendidos cuando se les contó que el rey de España,

don Fernando VII, había tenido que huir a Inglaterra, que su trono había sido usurpado por un francés y entregado a su hermano para que dispusiera de ello lo que fuere. Que los propios españoles en la casa del imperio sufrían persecuciones, guerras, vejaciones, por parte de las tropas francesas, mucho más dispuestas y con más provisiones que los realistas. Que la vieja idea del imperio infinito y eterno se había fracturado y ya muy pocos en España creían en ella. Todo esto, digo, frente a las disputas pequeñas de taberna y de pueblo, frente a la provincia, la mirada de los abogados de Santafé o de los curas de Tópaga o de Socorro. O de lo que pudieran pensar en Antioquia o en la provincia de Popayán.

¡Cuán lejos quedábamos unos de otros! Cuán poco sabíamos unos de otros. No obstante, estoy por pensar que éramos todos casi iguales en nuestra oscura lejanía y en nuestra sublime ignorancia. Estoy por pensar que esta Madre Patria que nos había unido con lengua y religión y que se había demorado siglos tratando de domarnos, esa vieja madre estaba cansada y muriendo, quizá, o divagando. Ya no podía reconocernos, a pesar de que nosotros creíamos reconocerla a ella. Qué triste condición la de aquel que, habiendo nacido en un origen, no puede comprender ni la altura ni la importancia del mismo, y se hace hijo de cualquier otro, vecino de cualquier otro, y se niega, negando todo lo suyo al mismo tiempo. Esta guerra de mis dos hijos, estas guerras ajenas de los neo- granadinos, conducidas por oficiales extranjeros, tan solo probarían que, ganase quien ganase, todo habría de, seguir igual o casi igual, por años y generaciones, hasta que podamos comprender que algo efectivamente ha cambiado. Tal vez nuestros nietos podrán dar cuenta cierta de todos estos infundios y elucubraciones para llegar a conclusiones poco probables, difusas, que quizá no quepan del todo en nuestras no muy cumplidas cabezas. Ni siquiera aunque se decrete la libertad de los esclavos o alguien conciba la idea de intentar sacarlos de sus reservas y de sus tierras.

Finalmente, con las cosas como estaban en Socha, y lo lejos que habían

quedado las campañas y los asuntos de Venezuela, podía concluirse que no había mucha esperanza ya para los realistas, porque incluso si esta operación fracasaba, otra se habría de montar con más tropas y más fuerza hasta que simplemente no hubiese manera de repelerla.

La idea de libertad había triunfado aun en las mentes sencillas y de personas que no entendían apenas nada de lo que estaba en juego.

Lejos habían quedado Urdaneta y Páez. A a pesar de que sus victorias ayudaron al triunfo final, ahora era el turno del virreinato de la Nueva Granada con sus montañas y sus gentes trabajadoras, poco pendencieras, incluso serviles. O al menos eso creo yo. El destino y la Providencia me concedieron estar en la frontera de los dos mundos y he podido verlos crecer y cambiar.

Venezuela era una tierra brava, pero arruinada y sin mucha gente. La Nueva Granada, una tierra fértil, autosuficiente, dueña de sí, plagada de abogados y uniformes, de curas y de monjas, de habladurías... pero era una buena presa y además estaba situada en el centro del proyecto libertador.

Casi nadie sabía en qué consistía ese famoso proyecto, pero todos presumían que Bolívar lo tenía en la cabeza, y con eso bastó durante mucho tiempo.

Las tropas se metieron por Boyacá. De Socha partieron el 6 de julio hacia Tasco. Habían sido derrotadas en Gámeza, pero llegaron los refuerzos y las nuevas tropas a Belén de Cerinza y a Santa Rosa. Se reagruparon, se rehicieron, y además el coronel Rondón pudo traer a sus lanceros a estos nuevos parajes para que hicieran ejercicios de caballería, para que aprendieran a moverse en este nuevo territorio, que en Venezuela había sido escamoteado pero que aquí era imposible eludir.

El mes de julio transcurrió entre inquietudes, pertrechos, incluso disensiones y cambios de mando, tanto en el ejército realista como en el

patriota. Por fin llegó el 25 de julio al Pantano de Vargas. Allí se estaba jugando casi todo. Y unos ganaron mucho, mientras otros perdieron tanto.

Por primera vez, alguien ganó una batalla total y plenamente. A pesar de que las cosas empezaron mal para los patriotas, el contraataque de Rondón derrotó y enmudeció a Barreiro.

Isidro Barrada hizo lo que pudo, advirtió los peligros de luchar en estas zonas inestables en las que quizá todos los ojos que miraban la batalla eran traidores. Era fácil percibir por los movimientos de los niños y los ancianos en los pueblos que, aunque estaban muertos de miedo, ya no apoyaban a los realistas. Que se habían jugado por

el bando recién llegado a pesar de que hacía muy poco estaban al otro lado.

Para un pueblo es muy difícil entender una guerra que no ha iniciado ni ha querido. Una guerra que ha rehuido todo el tiempo, conducida por personas extrañas que gritan de un modo raro, que hablan de un modo incomprensible, que se visten incluso de un modo tan distinto a ellos.

Tal vez, quizá, sus hijos tengan claro para qué fueron todos estos afanes, toda esta sangre, estos muertos, tanta pólvora, tanta muía muerta por el camino. Pero lo cierto es que quienes estaban al frente de la contienda apenas apretaban los dientes. Posiblemente se encogían de hombros tratando de que pasara pronto este demonio, que todo se resolviese, sin importar el resultado.

Eso, para pueblos así, es lo único que cuenta. Lo demás, que lo narren los escribas en sus cartas de relación, y que después estudien los niños en las escuelas esas proezas de los héroes, que están muy bien para cuando no están pasando las cosas. De lo contrario, son insoportables.

Cuentan que Juan Sámano se había refugiado en una casa en Santafé, diciendo que solo muerto se iría de allí. Al parecer el valor es una cosa muy discutible, que aparece y desaparece según las mutaciones del

destino y el cambio de las costumbres y los avatares de la suerte.

Sámano era un hombre cumplido, pero muy orgulloso. Siempre pensó que vivía en el infierno, y al final así fue. Su propio infierno.

Por otro lado, la figura de Bolívar ha sido siempre misteriosa para nosotros. Un hombre tan magro, incluso pequeño, que destila sin embargo una cantidad abrumadora de energía para el combate, las cartas, para pensar, los Estados, y de modo especial, para derrochar con las mujeres. Favorito en Caracas y hasta en Roma de muchas jóvenes casaderas y de algunas que no lo eran tanto, ha encontrado aquí, en la quiteña Manuela Sáenz, un refugio para sus muchas aventuras. A veces he imaginado cómo planea sus batallas y sus movimientos alguien que a veces como un gato, como un puma del Llano, parece tener perfecto dominio de cada brizna, de fuerza o de energía que Dios le ha dado. Su vida ha sido corta pero muy intensa, pues tan solo a los treinta y seis años ha conducido ya a muchos hacia la libertad que los de su clase anhelaron, e incluso hacia la riqueza. Puede decirse que los acontecimientos de Europa, como la invasión de Napoleón a España o los golpes recibidos por sus enemigos, lo inspiraron desde su más temprana juventud a cumplir este designio, este mandato, esta obsesión, que lo lleva a todas partes con sus charreteras y sus borlas, sus botas y sus metas, aparentemente intactas.

No solo para mí, para muchos, el carácter de Bolívar es un misterio que solo el tiempo se encargará de explicar.

Tanto los ejércitos que ganaban como los que perdían necesitaban recuperarse después de la batalla y esperar refuerzos. Los de Bolívar recibieron a la Legión Británica y unos refuerzos de Supatá. A Barreiro le llegaron a Tópaga los soldados que estaban en Labranza Grande.

La victoria del Pantano de Vargas fue decisiva en muchos otros aspectos. Primero, porque el resultado fue inesperado. Y segundo, porque a pesar de los muertos, las maniobras de los Corrales de Bonza salieron bien.

Cuando se tiene en la mano una victoria y se cae derrotado, nadie sabe exactamente cómo actuar. Al día siguiente del triunfo inesperado, el 26 de julio, llegó Soublette con seiscientos hombres que estaban atrasados, provisiones e incluso caballos frescos que habían logrado atravesar el páramo en condiciones mejores y más lentamente que las tropas.

Mi hijo llegó cuando ya todo había pasado, y aunque no vio la grandeza de la batalla, sí pudo sentir que algo grande se estaba preparando y que tendrían motivos para gozar después. Los sufridos patriotas acariciarían, quizá pronto, cumplida venganza. También muchas guerrillas se unieron a los ganadores el día 31 de julio.

Por su parte, Serafín cuenta que le llegaron a Barreiro un escuadrón de artillería y el Batallón Tercero de Numancia, que estaba en Tunja. Tomó la ruta de Paipa porque sabía que, por un lado, era importante dejar descansar a las tropas y, por el otro, tratar de cortar el camino que condujese directo a Santafé.

Nadie se tomó tan en serio los movimientos de Barreiro como Isidro Barrada. Intentó aconsejarlo, decirle que todo eso parecía muy bien, pero era exactamente lo que Bolívar esperaba. Barreiro no quiso creerle, pues solía mantenerse impasible ante los comentarios de sus subalternos.

El 3 de agosto, muy pronto ya, empezaría a percatarse de que Barrada

tenía razón. Era mejor cambiar completamente el rumbo y la estrategia, y moverse de manera circular tratando de rodear a Santafé sin prestarse al juego de Bolívar.

Barrada era zorro viejo, a la vez serio y juguetón, como deben ser los buenos generales, por lo que Serafín cuenta que su cargo de capitán le causaba escozor; todo fue llegando a su clímax y se produjo lo inevitable: los actores de la primera escena permanecían mustios y callados, mientras que los de la segunda fila parecían animarse cada vez más.

Es insoportable e irrespirable el aire de la derrota, sobre todo cuando hay que salir huyendo, y uno sabe que no regresará nunca. Hasta su recuerdo quedará humillado, y los que lo conocieron tendrán que bajar la voz o evitar hablar de uno cuando alguien lo mencione, casi siempre con insultos.

La campaña libertadora avanzaba en julio, y tras la victoria del 28 en el Pantano de Vargas los patriotas se aprestaban a dar los golpes finales a los realistas en el Nuevo Reino de Granada.

Ya no sería un virreinato, ya no podría llamarse así. Quizá como sucede con todas las revoluciones, cambiarían los nombres de los lugares, y a lo mejor hasta de las personas, para borrar el recuerdo de lo que habían sido.

Sin embargo, como eso solo se puede hacer en los casos más elocuentes y reconocidos, el resto seguiría siendo lo mismo, haciendo lo mismo, y viviendo como siempre, solo que el mando, el respeto, los símbolos y las charreteras del poder las tendrían otros en sus manos.

Quizá la riqueza también. Aquí en la Nueva Granada sabemos poco de cómo ser ricos. Se puede vivir de un modo lujoso, tener tal vez una casa muy cumplida y algunas cosas traídas de Europa, y que todo eso no cuente nada, o apenas nada, cuando de obtener el beneplácito de la sociedad se trata. Yo mismo, que he sido cura toda mi vida, y que me la he

pasado tratando de halagar arzobispos y de no molestar a las órdenes religiosas, me declaro mal pagado, puesto que he recibido muy poco reconocimiento. Muy poca lealtad, muy poca alegría. No tengo por qué quejarme de una vida desgraciada o infamante, he gozado lo que ha estado para gozar y he vivido lo que ha estado para vivir, y también he palpado las mieles y las hieles de una vida que imaginaba más dura, más implacable.

Tal vez no les importe eso ni a Bolívar, ni a Soublette, ni a Anzoátegui, que ahora ha llegado a Pamplona y se dice que está enfermo o herido. Cuando miro la victoria y la derrota se parecen tanto, pues los que ayer gozaron hoy sufren y viceversa. Y el pueblo no sabe qué hacer, qué decir ni qué pensar; tan extraño le parece todo esto, tan de otro mundo.

He asistido como párroco a Anzoátegui. Sigue enfermo, y presumo que no vivirá mucho tiempo más.

Este año de 1819 ha sido glorioso pero terrible, y puede que aquí se tome una víctima más: se le nota en la cara el peso de las batallas y de las marchas, de la penosa campaña, no siempre bien alimentado ni bien recuperado de sus dolencias. Y aunque todavía no está en trance de muerte, es claro que no llegará mucho más lejos. Es un dolor ver morir a un hombre valiente, competente, bien cumplido, a quien esperan la gloria y muchas varas de tierra en Venezuela. Quizá una familia que lo añora. Pero esta guerra nos hace ver todos los días su aviso siniestro y el hecho de que tendremos que continuar sin la mayoría de los valiosos héroes que de modo tan generoso se entregaron por esta causa.

En estos curiosos días del mes de octubre, cuando los rumores de la batalla se han apagado y todo ha vuelto a su rumbo tranquilo, solo de vez en cuando se oyen historias sobre las intrigas y las desgracias, tanto de victoriosos como de derrotados, el sol se presenta cada mañana en nuestros lares con una suerte de aliento vivificante, como si nos invitara a olvidar.

Y es que la pasión del olvido es la más fuerte. En el hombre solo se puede seguir viviendo cuando se olvida.

Especialmente ese sufrimiento, esa angustia que parecía no tener fin, cuando se percataba uno de que aquello que le oprimía el pecho con fiereza se ha disipado, se ha vuelto soportable.

Cuando camino por las calles de mi pueblo, por el valle del Espíritu Santo, y contemplo a las lavanderas en la orilla del Pamplonita haciendo lo mismo que han hecho siempre, pienso: «Toda esa sangre, la valiente o la cobarde, se la ha llevado el río». Se pierde en honduras y lontananzas que no podemos descifrar; se la tragan los abismos, vuelve al cielo en medio de todos estos esfuerzos y, bufando para siempre, se la lleva el viento.

Cuánta locura se convierte en solo dulzura y placidez, letanía y olvido.

Después de la victoria del Pantano, ordenó Bolívar, a través de la Ley Marcial, incorporar forzosamente a todos los hombres entre quince y cuarenta años. Los que no obedeciesen serían castigados con la muerte. Tal vez esta ley fue el secreto para ganar la guerra, o por lo menos la causa del terror que cundió entre aquellos que podían haber dudado sobre qué bando tomar.

Esa medida fue extraordinaria. No solo proporcionó refuerzos sino un clima de adhesión absolutamente incuestionable. Las huellas de la batalla habían quedado flotando en el aire con los muertos de lado y lado, la ausencia, los heridos, las mismas complicaciones que supusieron las maniobras que marcaron los días finales de julio y el comienzo de agosto.

El tiempo estaba lluvioso y difícil, los caminos estaban embarrados y todo era arduo. Los soldados andaban con las botas llenas de barro y las camisas húmedas y pocas ropas para cambiarse.

Serafín contaba que Barreiro se daba cuenta de todo y Barrada

también. Sin duda entre el general y el capitán Isidro Barrada había enemistad y un poco de recelo. Barrada resentía el que un hombre menos experimentado que él pudiese tener el mando completo y además realizase operaciones intempestivas para las cuales el ejército no estaba preparado.

Barreiro, Serafín se daba cuenta, miraba a Barrada con la ira propia de un joven que comprende que el soldado más experimentado no es el comandante sino uno de sus subalternos, que apenas si chistaba algo, si decía algo en contra, pero que con la mirada sabía reprochar y advertir sobre apresuramiento, falsos movimientos, uso indebido de ciertas armas, de ciertas oportunidades, del manejo del tiempo, del ritmo y de la recuperación de los soldados.

Para Barrada la prioridad más clara era alcanzar el camino de Santafé para recibir refuerzos allí y poder plantar una batalla mucho más contundente al enemigo. Lo sugirió así varias veces, según me cuenta Serafín, pues estaba junto a él cuando Barreiro lo increpó.

El proyecto de Morillo se podía frustrar si las tropas de Venezuela no alcanzaban a llegar a tiempo para abrir

un nuevo frente de guerra en la Nueva Granada que tuviese la misma eficacia que había tenido en Venezuela. Pero Barreiro quería una gloria rápida, y la ilusión de poder matar a Bolívar o llevarlo preso a Cuba o a España, si era preciso. Tenía el ímpetu y buenos recursos.

Todos pensamos que, a la postre, lo que no se pudo manejar fue ese recurso del genio que en cambio su contrincante sí tenía y sabía desplegar cuando las cosas estaban difíciles.

Los curas estaban a la espera de los resultados de la guerra y afuera para alabar a los vencedores y a lo mejor proteger a algunos de los vencidos, internarlos en el campo o en pequeñas poblaciones lejanas, donde nadie

sabía de qué bando era cada quién y la inmensa mayoría prefería no preguntar por el compromiso que ello implicaba.

Pero había, por supuesto, leales de un bando y del otro dispuestos a comprometer a aquellos que pusiesen en duda la validez de su victoria. Casi un millón de personas estaba a la espera de los resultados de cinco o seis mil neogranadinos que se batían en batallas sin término.

¿Cuál sería la última batalla que habría de definir? ¿Vendría una guerra después de la guerra? Todas esas preguntas estaban flotando en el aire sin que pudiéramos dar cuenta de una respuesta definitiva.

Ni Serafín ni Eustaquio estaban para ajusticiare pasar por las armas a los enemigos, y menos aún para pasarse el uno al otro al Más Allá, al sitio donde solo Dios juzga, solo Dios perdona, solo Dios concede, solo Dios protege. Ese Dios en el que algunos decían no creer y al que otros invocaban pidiendo cosas imposibles. Ese Dios que estaba en todas partes, guiando los ojos de cada soldado, cada caballo, cada muía, y cuidando el contenido de cada cantimplora y las balas de cada fusil.

Cada día era tortuoso y lento. Un grupo grande de guerrillas mal armadas de la muy insurrecta provincia del Socorro mandó refuerzos a Bolívar, pero también el otro lado iba ganando soldados para su causa.

Desde Corrales de Bonza, donde estaba apertrechándose Barreiro, apareció el Batallón Tercero de Numancia que venía de Tunja con municiones y pertrechos.

Había unos pocos soldados españoles revueltos entre la tropa. Fue una idea de Barrada con miras a obtener información desde adentro y hacer control a los que pudieron estar tramando escapar o eventualmente traicionar al ejército del rey.

La misma figura del rey, los escudos y las armas reales se ponían constantemente delante de los soldados para recordarles su compromiso. En efecto, tantos y tan bisoños soldados neogranadinos podían estar

durante semanas en la tropa, yendo y viniendo sin apenas tomar alguna decisión y aceptando el destino o incluso la muerte, con la cara impávida y el gesto de incompreensión en el rostro.

Dice Serafín que en el Tercero de Numancia había cuatro soldados que se habían hecho amigos en las campañas. Procedían de Samacá, eran risueños y tenían mucha resistencia. Podían caminar durante días enteros sin quejarse. Manejaban muy bien las muías y los caminos. Pero en cambio, su manejo de armas era más que lamentable. Se notaba que nunca habían cogido un fusil, que no sabían lo que era una culebrina y que en realidad las labores de guerra les costaban mucho y les eran completamente nuevas. Así como ellos había muchos más. Tal vez en esa obediencia ciega pero ignorante, en esa lealtad impávida pero inconsútil, se tejieron noche a noche las telas de la derrota.

Lo que sobra en toda revolución es entusiasmo. Lo que falta es sensatez. Lo que esperan los unos atormenta a los otros. Y si los unos y los otros son de los mismos, y como en este caso, son hermanos, entonces nada verdaderamente bueno queda, ni para la posteridad ni como recuerdo. A pesar de todo ello, los lazos se vuelven a unir, los brazos distanciados se vuelven a abrazar, incluso se perdonan los que se odiaron. Pero un manto de sombras va quedando sobre las casas, las cementeras y sobre la vida posterior. Incluso en las iglesias, en los albergues, en los caminos.

El general Latorre tenía una división peligrosa, triunfante en Barinas, que había puesto en aprietos a Páez en varias ocasiones.

Si se hubiese decidido a atacar o a desplazarse a la Nueva Granada, habría sido una ayuda extraordinaria para Barreiro porque los realistas necesitaban tiempo para rehacerse y recomponer sus divisiones.

José María Barreiro, comandante de la Tercera División del ejército expedicionario, había propuesto destruir las fuerzas patriotas y en varias

ocasiones hasta había estado cerca de hacerlo.

Le faltó unidad, un sentido militar más compacto, y quizás un apoyo más decidido de la población. No era que le negaran abiertamente la conscripción, ni que los enlistados fueran dados a la deserción, pero no era fácil tener suficientes tropas y apoyo en todas las regiones, ni una eficacia militar y un entrenamiento adecuados a las circunstancias.

Ya el ejército patriota estaba rebasando la cordillera oriental, y con ello se había metido en el mismo centro de la acción neogranadina. Además, Bolívar había recibido apoyos de lugares distantes y en tropas, en armas, en pertrechos.

Todas estas consideraciones se hicieron durante los días previos al combate definitivo del puente de Teatinos: sobre la naturaleza y la magnitud de las tropas, sus movimientos, su capacidad para alcanzar uno u otro terreno, las dificultades que planteaba el clima, y la misma habilidad de desplazamiento que pudieran tener unos regimientos y otros.

El capitán Barrada, canario como era, había llegado a San Fernando de Apure en 1816 para la restauración.

Durante mucho tiempo, y bajo la mano de don Francisco Tomás Morales, solicitó ser aceptado por el Estado Mayor, y poco a poco fue ascendiendo en sus visitas a Maracaibo, a La Habana y a Puerto Cabello. Muchas de sus acciones militares lo destacaron, principalmente por la serenidad con la que afrontaba las más difíciles circunstancias. Se le ascendió a coronel.

Tenía una característica extraordinaria, según cuenta mi hijo Serafín, y era que siempre tenía una propuesta, incluso alternativa a la del comandante en jefe. Esto no siempre era bien recibido, pero al menos se le ocurrían cosas distintas, tomaba en cuenta muchos elementos, entre ellos, el dinero que las tropas debían gastar o utilizar.

Muchas veces había visto fracasar maniobras muy brillantes porque durante algunos días las tropas no habían comido bien o porque se les

habían metido nuches en las botas por andar entre barriales o expuestos al ataque feroz de los mosquitos.

Se le admitían muchas de sus audacias porque había demostrado ser incondicional al rey, fiel a toda prueba, y porque hacía estas propuestas de buena fe, con la certidumbre de que un buen capitán, un buen comandante, un buen general, las habría de tomar en cuenta como una alternativa para el combate, y como el esfuerzo de alguien que se ha devanado los sesos pensando en todas las posibilidades y todas las alternativas.

Algunos se destacaban por su agilidad y prontitud. Otros, en cambio, por su lentitud. Pero ya a esta hora del camino, se hacía preciso sacar en claro todo lo que del Pantano de Vargas y los Corrales de Bonza se había derivado: la inesperada victoria gracias a los llaneros de Apure, de Barreiro y de Rondón, y de los problemas del Batallón Segundo de Numancia, el Primero del Rey, para aprestarse a un combate frente o para cambiar de rumbo repentinamente y obedecer órdenes imprevistas del alto mando.

El 3 de agosto se fueron los patriotas de Corrales de Bonza en dirección a Paipa. No regresaron a Los Molinos y acamparon, en cambio, en este lugar agradable de clima medio, tratando de reposar para tomar el camino de Tunja, donde los esperaban refuerzos importantes.

Repentinamente, el día 4 de agosto, se movieron las tropas patriotas, con excepción de las de Félix Pabón, y tomaron sigilosamente el camino de Toca hacia Tunja. Marcharon de noche, y el 5 de agosto estuvieron en la ciudad.

Barreiro no se había percatado de estos movimientos, y la verdad es que estratégicamente se encontraba ahora en desventaja, sorprendido por la magnitud del ejército que tendría que enfrentar y por la habilidad con la que se desplazaban, especialmente de noche.

Las guías del Apure y otras divisiones importantes se habían situado en

las afueras del Alto de Chivatá, dominando el panorama que divisaba la ciudad de Tunja.

Aquellos días estaban salpicados de llovizna y no eran cómodos para moverse. Muchas trochas estaban embarradas o lisas y se resistían al paso de los caballos y las muías.

Con esto se encontraron los que estaban a la vanguardia, don Sebastián Díaz y los del Segundo de Nu-

mancia, don Carlos 'lbrá, Juan Loño y los Dragones de Granada, y así también el coronel Francisco Jiménez.

La artillería —las piezas de arrastre, las culebrillas y los cañones— iba en los escuadrones de dragones y de granaderos. Serafín tenía que hacer cuentas con frecuencia, e informes y reportes sobre lo gastado, lo ganado, lo adquirido y lo perdido en esos días de profunda inquietud.

La crueldad estaba a la orden del día. No había nadie que no estuviese, dadas las circunstancias, dispuesto a matar e incluso a torturar. Pero lo hacían más por desesperación que por sevicia. A nosotros los cristianos se nos ha enseñado e insistido que no solo matar es un pecado, sino que hay que ponerse, cada vez que sea posible, al margen de la brutalidad y la violencia que conducen al crimen más artero y más feroz.

Pero en la guerra surgía una cierta bestia que, en cada uno, podía conquistar al más pacífico y hacerlo responder, ya por miedo o por valor, con una brutalidad que asombraba, con una ferocidad que aterraba.

El valor era furia, y esa furia, mientras más se mantuviese o se cultivase entre las tropas, mejor resultado arrojaba. Como un fuego que se alimenta de sí mismo y vuelve a surgir otra vez, y a dar nuevas lecciones de oscura brutalidad. Como si Dios nos diese un permiso para sacar una ira incontenible, un temor irrefrenable, y convertirlos en valor militar.

Al salir de Tunja para el Alto, miraban las tropas hacia atrás, tanto las

realistas como las patriotas. La ciudad hacía guiños a los soldados. Es una ciudad extraña llena de curas, de casullas y ornamentos, de monjas. Y, sin embargo, se descubre en ella también una inclinación promiscua, que niega toda esa aura de santidad.

Entre los conventos, los claustros, los arcos corales de San Agustín, Santo Domingo, Santa Clara, bajo el sonido de las campanas, se esconde una ciudad astuta. Ese espíritu de Tunja influyó en la jornada que iba a adelantarse el 7 de agosto.

El río Teatinos no está muy lejos. El puentecito en el que habría de tener lugar el encuentro entre las tropas era pequeño y modesto. Todo parecía simple, pero no fue así. No fue así de ninguna manera.

Se dice que en un momento previo a la batalla, hacia las 11:30 del día, cuando las tropas habían ya terminado sus labores de alistamiento, cuando ya se habían avistado hacía un buen rato, se produjo un extraño silencio que duró algunos minutos, como si los unos se hubieran tomado el tiempo para mirar a los otros con esa ansiedad y esa parsimonia de quien quiere distinguir exactamente cuál será la causa de su fortuna o de su desgracia.

Durante esos minutos raros de silencio, los soldados pudieron contemplar la más pura esencia de lo que los había arrastrado a esta guerra: los unos y los otros, provenientes de regiones de la Nueva Granada, que había sido impulsada al conflicto por capitanes y oficiales extranjeros, querían reconocerse unos a otros detrás de los uniformes y de los estandartes enemigos.

Las muías eran las mismas; los caballos, parecidos. Las caras de los soldados, casi todos jóvenes, muy similares en medio de tanta expectación y tan poca experiencia.

Roto este silencio, se precipitaron las tropas hacia el puente y allí aconteció lo que voy a narrar.

Cuando llegó finalmente el amanecer del 7 de agosto, Bolívar se aprestaba a salir de Tunja con dirección al alto de San Lázaro, mientras que Barreiro estaba en Guata- vita, muy cerca de su contrincante. Pero a pesar de que quizá pudieran divisarse a la distancia los dos ejércitos y de que los espías tuvieran informes detallados sobre su magnitud y sus movimientos, los dos comandantes estaban cautelosos sobre lo que habría de sobrevenir en la jornada, en la que seguramente, lo atestigua la posteridad, se había de jugar el futuro entero de la guerra.

Por eso, y por tantas otras cosas que fueron grandiosas, aquel día, Barrada advirtió que había movimientos imprudentes y acciones que perjudicaban la posibilidad de una victoria frente a unas tropas que ya estaban muy pulidas y muy duchos, y muy expertas en el combate.

Por tanto, los movimientos de las tropas empezaron a mostrar esa nerviosa movilidad que antecede a las grandes definiciones.

En todos los lugares del Nuevo Reino, incluso en los sitios desiertos de los Llanos, hasta en los pueblos más aislados y pequeños, y en las veredas donde se escondían los desertores y los cobardes, hasta allí llegaba un eco sutil que no es otra cosa que el peso de la Historia.

Todo estaba por resolverse.

Barreiro puso a Barrada a la retaguardia y le dijo que si todo salía mal, él tenía la responsabilidad de salvar al mayor número de hombres y llevarlos hacia el norte o hacia el oeste, de manera que el río les permitiese la huida.

Brigadier de infantería como era, pero también conocedor de los caballos, Barrada no dejaba ningún detalle al azar. Le explicó a Barreiro que los lanceros del Apure eran temibles y que sus lanzas podían penetrar con facilidad entre la infantería realista. Que había que evitar a toda costa un enfrentamiento frontal con estos destacamentos.

El general ignoró el consejo. Pensaba que el valor de sus tropas era suficiente y que destrozarían a los lanceros, que la batalla se habría de presentar relativamente simple. Pero no fue así. Los movimientos de Bolívar hicieron caer en seguidilla a varios grupos de las tropas realistas, asestándoles un golpe tras otro.

No tuvieron que morir muchos hombres para que quedaran en evidencia la superioridad de Bolívar, la fuerza de los lanceros, la astucia de la retaguardia patriota, que estuvo todo el tiempo acechando y dando golpes a los destacamentos realistas que se atrevían a trepar por la ladera.

Es que siempre resultaba más fácil golpear de arriba hacia abajo y repeler a un grupo que está intentando subir una montaña. Solo cuando se es muy fuerte y se está en clara superioridad se deben aceptar maniobras de ese tenor.

Al mediodía, la vanguardia realista llegó a Casa de Teja, o Casa de Postas, como dicen que se llamaba.

Cerca de las 12:30 del día, se vio que no era la hora de Barreiro y que su suerte estaba echada. A pesar de lo modesto de las maniobras militares y de lo escaso de las pérdidas, muy pronto los realistas estuvieron más o menos en desbandada, desorganizados y dispersos. La derrota se les pintaba en la cara. Unos minutos más y todo estuvo consumado.

La batalla se dispuso de modo extraño, porque detrás de la vanguardia, a una media milla, venía Barreiro con sus tropas de la Tercera División. Luego, granaderos a caballo.

Si Jiménez no se hubiera detenido en Casa de Teja habría logrado una ventaja estratégica. Pero lo cierto es que las tropas hicieron una parada. Sobre el Boquerón se vio la vanguardia de Santander, y allí empezó la balacera.

Desde Casa de Teja, sin embargo, no había muchas ventajas para

aprovechar, y se demostró unos minutos después, cuando Joaquín París con sus cazadores los desalojó de ese lugar. Y luego, el Primero de Línea Nueva Granada cortó su retroceso. Jiménez había cometido un terrible error, que habrían de pagar caro las fuerzas realistas.

La estrategia militar en realidad es misteriosa cuando se mira desde afuera, como nosotros, desde la ignorancia. Lo cierto es que después le habrían de costar mucho, la vida entera, esos errores.

Finalmente, Anzoátegui se apoderó de toda la línea dispuesta por los realistas y Santander hizo que los rifles de la Legión Británica o Batallón de Albión tomasen por flanco a los cazadores españoles.

En cuestión de dos horas, las cargas de caballería y de infantería sumadas a los ataques del Barcelona y los Bravos de Páez, los guías de Casanare, pusieron en aprietos a los realistas.

Las tropas enviadas por Morillo no pudieron hacer su labor. La Tercera División del ejército fue derrotada.

Los patriotas remontaron el puente de Teatinos y se pusieron diligentemente en camino de Santafé, con un sabor de victoria definitiva en la boca. Con muchos prisioneros, muchos evadidos, y sabiendo que pasarían semanas, quizá meses, antes de tener que enfrentar un nuevo ataque, si es que lo había.

La pacificación había sido vencida, la victoria obtenida sin demasiado esfuerzo, aunque en realidad las cosas habían quedado claras desde el Pantano de Vargas y Queseras del Medio.

No había tanto tiempo, tanta voluntad, ni tantas alternativas como Morillo había pensado, como Barreiro había creído, como Barrada había temido.

Barrada agrupó a los que estaban bajo su control y los lanzó por el camino de Samacá hacia Guatavita, y por allí hacia el occidente.

Afortunadamente, mi Serafín, que había avistado quizá a su hermano desde la distancia, le hizo una señal con la cabeza y se alejó, con tristeza pero con decisión, porque sabía que quedarse significaba la muerte. La más deshonrosa muerte.

Así se salvaron en aquella jornada mis dos hijos. Los hijos de un cura de provincia, de Pamplona, los frutos del pecado, que sin embargo eran la luz de mi vida y la alegría de mi vejez.

Y así quedó sentado para la posteridad. Las crónicas que sobre esta batalla del puente de Teatinos, el puente de Boyacá, quedaron escritas y consignadas en numerosos informes y reportes, que dieron cuenta del hecho fatal: que los realistas estaban perdidos desde antes de la batalla, y que el sacrificio de Barreiro y de sus oficiales había sido inútil. La inteligencia de los patriotas y la tenacidad con la que habían defendido sus ideales habían triunfado, a pesar del escaso compromiso de la población y de lo extraña y ajena que resultaba la guerra en la Nueva Granada.

Era muy cómico pensar que gracias a la audacia de Napoleón Bonaparte y a su conquista de España, a la humillación del rey y de los ejércitos que antaño habían sido de los mejores del mundo, se habían despenado los principios reales, los valores de siglos y las fidelidades en las que solo unos pocos podían creer ya.

La causa de la libertad había triunfado y era hora de respetar esa victoria, y volver al mundo pacífico e insulso de austeridades y pequeñeces en el que estábamos sumergidos.

Yo no recuerdo cómo pasé aquellos días. Parecían tan iguales a todos los demás, y sin embargo mi alma pendía de un hilo. Hasta que tuve, el 16 de agosto, noticias confiadas y confiables de los buenos resultados que este encuentro había arrojado y del final de la guerra no me sentí tranquilo, consolado, en medio de mis rezos y mis cánticos, de mis sermones y homilías, capaz de mojarme en el patio de mi casa cural a gusto, porque

había terminado una larga prueba que Dios me había puesto.

Fue llegando de a pocos una sensación de nuevo comienzo. De auténtica renovación. Y algunos de los que antaño despotricaban de las ideas de libertad empezaron a abrazarlas con pasión, a verlas como la alborada de un mundo esperanzados

Sin embargo, la libertad siempre estorba e incomoda a los que están contentos en el viejo mundo. Por eso, tanto la figura de Bolívar como la de Santander, las tropas patriotas con su despliegue de armas y uniformes, causaban una mezcla de admiración y de temor, como la llegada de algo fatal, sagrado y extraordinario, que nos permite seguir siendo lo que hemos sido, que enrarece el aire y nos introduce en un mundo de sorpresas, inesperado y peligroso. Un mundo hecho de jirones del mundo anterior.

La verdad es que ser republicano es algo misterioso. No entiendo exactamente en qué consiste. Si el viejo grito de «¡Viva el rey, muera el mal gobierno!» era ya para nosotros suficientemente inquietante, pues «¡Viva la República!» todavía no sabemos con claridad qué significa.

Lo cierto es que como Fernando VII recuperó el trono al caer Napoleón, las colonias americanas debían ser reconquistadas, desde California hasta el Río de la Plata.

Pero no había suficientes tropas para empresa tan descomunal. Algo tan vasto como la Conquista ya no podía repetirse. Por eso, la estrategia de Morillo fue desde el comienzo reclutar tropas entre los seguidores del rey en todos los territorios del Imperio.

Las Indias estuvieron siempre gobernadas por las mismas ideas, las mismas instituciones. A pesar de la distancia inmensa entre unos y otros, y de los muros de montaña que nos hemos puesto unos a otros, los cabildos, las iglesias, el aire y el talante han sido compatibles en muchos lugares y podremos empeñarnos furiosos en nuestra libertad, nuestra independencia, la igualdad de mestizos, indios y negros.

Sin embargo, todo eso ha venido a ser la materia prima de esta nueva edad, de esta independencia que tan a la sazón hemos conquistado.

Siempre se nos había dicho que no éramos colonia sino parte del imperio, y la mayoría lo creía como verdad absoluta. Por esa razón se formaron contingentes importantes con miradas a restaurar el poder del rey destronado, aunque todos sabíamos que no podríamos volver a vivir como antes. Después de una humillación tamaña, y de años en los que fue suplantado, el rey no podía ser exactamente el mismo para sus súbditos.

Además, la Revolución francesa y la que había tenido lugar con la independencia de los Estados Unidos hacían que todo el mundo quisiera esa «independencia». Y está realmente suena muy bien: la anhelábamos desde hacía un tiempo, pero ahora que ha llegado no sabemos exactamente qué hacer con ella.

Porque la independencia implica tareas inmensas: el esfuerzo por construir un solo espíritu, una sola nación; transigir con muchos por hacer desaparecer nuestras diferencias, y eso resulta más difícil de lo que parece.

Los tratados y las viejas cédulas que durante tantos siglos nos habían regido habrían de ser reemplazados por cédulas y tratados republicanos. Probablemente se nos arrastrará a cambiar tantas cosas que quisiéramos dejar iguales, que muchos se rebelarán.

Pero bien llegados a la noche, seremos los mismos que llegaron a la Nueva España y a la Nueva Castilla, a la Nueva Granada, a las Indias, a tumbar el monte y saquear las minas, o quizá a tomarlas simplemente porque nos sentimos dueños de ellas, de este nuevo mundo que la Corona y el Consejo de Indias despreciaron durante tanto tiempo.

Ahora suyo, este regalo de Dios, prototipo de la estirpe española, es el mundo que será libre muy a pesar de los viejos criollos crecidos en la edad blanca y la simiente negra, la simiente india, perdiéndose entre linajes,

apellidos, una hidalguía perdida o rebuscada, hijos legítimos o bastardos, hablando el castellano de Lebrija o el mozárabe o el ladino, y fluctuando entre tres colores puros y una progenie que estaba contaminada de novedad, de americanidad.

Esta independencia es una tarea larga, incompleta, llena de tropiezos y dificultades. Nadie sabe cómo llevarla a cabo completamente, y quizá se demore siglos antes de estar definida hasta sus mínimos detalles.

De todas maneras, es claro que para los ejércitos patriotas la victoria sobre Santafé no es el fin de la contienda y habrá que hacer muchos esfuerzos hacia el sur, en los que se han empeñado inmediatamente.

A pesar de que todavía tomará años, yo no creo que nada los detenga. La estrategia ya está trazada, la guerra a muerte ha intimidado a las poblaciones que se resistían, incluso dicen que a pesar de que en Pasto y en Popayán se oponen a abandonar el lado realista ya no hay regreso. El viejo orden está perdido, tal vez el imperio de la Santa Religión.

En el camino de Quito y de Lima, la unión con San Martín, todo eso terminará de hacer la obra en América, y gracias a los llaneros de Apure y a las culebrinas y las ballestas y los fusiles de los patriotas, a la ayuda de O'Leary y de la Legión Británica, se va convirtiendo día a día en una verdad de a puño imposible de eludir.

Parecen lejanos ya los días de Angostura y de Calabozo. El Nuevo Reino de Granada con sus provincias y sus ciudades ya pertenece a las filas independientes y patriotas.

Ahora solo quedan los pactos, los papeles por los cuales los recién separados Fernando Vil y Simón Bolívar firmen los tratados y quede todo en letra indeleble para hacer parir un mundo nuevo, sin virreyes ni condes, sin hidalgos ni cargos venidos de allende los mares.

Suena muy bien, vamos a ver a qué sabe.

Quisiera decir algo sobre un factor extraordinario que influyó en la suerte de toda la campaña libertadora. Fue el tiempo.

Efectivamente, a pesar de lo anunciado que estaba y de los signos que sutilmente se dejaban oír por las noticias, a todos nos sorprendió en Nueva Granada la estratagema de Bolívar, la rapidez de su campaña, la agilidad y decisión de sus lanceros.

Incluso a los propios oficiales españoles, acostumbrados a tomar en cuenta los relevos y los tiempos, todo se precipitó como una avalancha de soldados, armas, ideas, escritos.

Al capturar Santafé, llevar a los oficiales vencidos y fusilarlos rápidamente en esa plaza, y seguir luego hacia el sur con extraordinaria determinación, se introdujo en esta tierra una suerte de vértigo que probablemente ya no nos abandonará jamás. Seremos los hijos de ese vértigo, y así lo serán nuestros descendientes en las décadas por venir. La aceleración juega a favor del que, con su ímpetu, impide que Dios cambie de opinión en su Providencia.

El tiempo jugó a favor de los patriotas y también del talante americano. Incluso en la suerte de las ideas venidas de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Lo que había estado paralizado durante años se había puesto en movimiento y no había nadie que pudiera ponerse enfrente de ideas tan poderosas que emprendían su marcha.

Qué bueno y dulce es el mundo cuando uno sabe que tiene una cama limpia y mullida, y que nadie lo molestará durante la noche, que no habrá peligros al amanecer, que quizá cosas que nunca se le había ocurrido hacer, serán posibles a la mañana siguiente.

Pues tal vez era una de estas noches. Por lo menos, los ganadores y los perdedores, o quien como yo de seguro estaría en ambos bandos, habríamos de ver que todas nuestras angustias, azares, terminarían muy

pronto.

Para mis dos hijos escribientes estos serían los últimos apuntes de la vida de la antigua Nueva Granada, y Santafé de Bogotá volvería a su vida provinciana. Así también Tunja, Pore, Pamplona, Cúcuta y Ocaña. Al menos nadie tendría que seguir ocupándose de nosotros, porque desde esta nueva perspectiva de libertad tendríamos que esforzarnos por hacer de nuevo un mundo para nosotros, un mundo que ya no tuviese la sombra del rey sobre nuestras cabezas, ni el destino del imperio sobre nuestras manos y nuestros pechos.

Pero quizá también quedaríamos abandonados, o por lo menos así íbamos a sentirnos durante muchos años. Ese es el precio que se paga por la libertad, y no siempre es bajo.

En este caso, debo decir que la inmensa mayoría de los neogranadinos habíamos vivido una guerra corta, con pocas desgracias y pocas pérdidas, y que la mayor parte de las regiones y de las ciudades habían quedado a salvo de la destrucción propia de las batallas. Todo se había saldado en unas cuantas jornadas, y como resultado de un ataque sorpresa que cambió para siempre el rumbo de este dominio.

Santander y Bolívar, efectivamente, habían logrado una proeza.

Proeza que, sin embargo, había costado mucha sangre, dinero y armas. Había que agrandar el ejército para evitar que una campaña de reconquista tuviera éxito en el futuro, y era preciso también obtener fondos, de potencias extranjeras, quizá, para organizar una nación creíble. Allí, por supuesto, había montones de desacuerdos, de dificultades y complicaciones que de un modo o de otro habrían de presentarse aquí y allá constantemente.

Y aunque no nos hizo ser otros, sí nos obligó a pensarnos de nuevo.

Entre unas y otras, las monedas de la victoria habían caído en las alforjas de los patriotas. Ahora se trataba de ver cómo iban a gastarlas,

usarlas o ahorrarlas. Lo bueno, lo bello y lo dulce de ganar se fue apiñando del lado de los neogranadinos. Pudieron gritar sus arengas libremente, pudieron exigir lealtad a los que no la habían entregado de buena fe o de buena gana, y cobrar furiosamente la traición a quienes la habían cometido. Es la ley de la guerra.

Se llevaron a los oficiales prisioneros para Santafé, y empezó el reinado de la República, la aparición de los desaparecidos y la restauración de la memoria de los mártires, que ya contaban cientos, si no miles.

Después de la victoria del Teatinos en el puente de Boyacá, después de salir de Casa de Teja para Santafé, con los vencedores y los vencidos, los uniformes limpios de los próceres y los uniformes sucios de la tropa, columnas de voluntarios del Socorro y de Pamplona, y los escuadrones del alto llano de Caracas o del llano arriba, encontraron a Francisco Fernández Vinoni, que había traicionado a Bolívar unos años antes, y lo ahorcaron en un segundo.

La marcha triunfal era, a pesar de sí misma, un poco lúgubre. No habían descansado en muchos días. Poder dormir en el camino a Santafé permitió que Simón Bolívar llegara solo a la ciudad el 10 de agosto.

Mandó a parte de su caballería a perseguir al virrey Sámano, que había huido a Honda.

Las tropas se habían dispersado camino del Magdalena. El virrey se había marchado después de la última reunión de la Real Audiencia. La pólvora fue reventada toda, y las tropas enviadas a Popayán.

La derrota de los realistas tocaba duramente a la mayor parte de los neogranadinos, pues, por acción o por omisión, habían apoyado hasta hacía pocas semanas el orden establecido. Como la invasión de la Nueva Granada fue tan repentina, la gente estaba hecha a la idea de que la Restauración no tendría reverso y de que nos esperaban años antes de que pudiera reanudarse una confrontación decisiva.

Por eso era preciso, después de los actos de guerra puramente militares y sus retaliaciones, hacer unas declaraciones en las que la población pudiese empezar a tranquilizarse y dejar de temer por su seguridad y sus vidas.

Ese ambiente de temor no era bueno para la causa de la libertad. No era bueno que las tropas victoriosas dejaran la sensación de crueldad implacable contra una población que, en buena medida, había actuado tan solo para salvarse, para guardar las apariencias. Y que, si abrazaba la causa realista, lo hacía por temor a las retaliaciones que Morillo y sus tropas pudiesen desplegar en su contra.

Cuenta Serafín, el prolijo y hablador zarco que es mi hijo, que Barrada emprendió el camino del río y luego sin vacilar se dirigió a las Antillas.

Llegados a Cartagena se despidió de él, diciéndole unas palabras parecidas a estas: «Vete, hijo, me has servido bien. Tu destino aún no está escrito a los veinte años, aunque muchos han muerto a esa edad. Todavía hay muchas puertas que abrir, muchas drupas que montar. Abre tu camino, como yo he abierto el mío. Algún día la luz que entre por sus veredas será la única que le quede a tu vejez. Vete y no vaciles».

Eso le dijo y se marchó. Serafín ya había recibido bastantes influencias; creo que muchas más buenas que malas, porque al fin y al cabo todas las influencias están urdidas en el mismo fique y tienen tanto de largo como de alto.

Somos todos rebaños indefensos. No solo porque no tenemos armas, sino porque nuestro espíritu no está en guerra ni quiere estarlo. Porque hemos sido almas mansas, algunas de ellas incluso insulsas. Y sin embargo, a pesar de pequeños pecados, devotas de Dios y amantes de la serena tranquilidad.

La batalla de Boyacá nos había dado la libertad pero no nos curó del miedo continuo, el miedo a no pertenecer plenamente al bando triunfador,

a tener rezagos de los perdedores, o a no haber sabido apoyar, decidir u optar de modo valeroso por una muerte heroica pero inútil.

Estamos ante una tarea gigantesca que supera, incluso, a los más aptos y que a individuos como yo y como mis hijos nos llena de pasmo y de asombro. Hacer caminos, construir ciudades, enriquecer las cementeras y hasta recibir infinidad de productos del exterior, de Francia o de Gran Bretaña o de los Estados Unidos. O quizá no hacerlo, y quedarse aquí tranquilos junto a los viejos uniformes de guerra guardados en las recámaras.

Como tantas otras cosas que me ha enseñado la experiencia, he podido vivir a caballo entre dos pueblos que parecen hermanos pero que ya desde ahora se diferencian tanto. Y al hacer la política y también la religión, está muy claro que en Venezuela todo se hace a los gritos, en la calle, un poco desfachatadamente, las acciones priman sobre los pensamientos. En la Nueva Granada todo se hace en conciliábulos, a puerta cerrada, hablando bajito.

Ambas sociedades pueden ser crueles y ambas naciones pueden ser implacables. Pero el espíritu de Páez prima sobre el de Bolívar en Venezuela y el de Santander en la Nueva Granada.

Es cierto que Bolívar se debe atribuir el mérito de la independencia, con todas sus glorias y también con sus miserias. No solo soñó, como Miranda, que la gesta era posible, sino que se puso en la tarea de realizarla y de enfrentar las dificultades. Ha resultado vencedor, pero a base de tantas derrotas, de tantas complicaciones, que quizá le acorten la vida sin remedio.

Bolívar quería ser un rey sin corona, adueñarse de todo el poder. Nadie estaba a la altura de sus designios ni de sus proezas y podía aprovecharse de ello plenamente: darse sus aires y disfrutar de su riqueza. La guerra

hace

ricos a algunos, y Bolívar fue uno de ellos. Se le concede que pudo haber muerto muchas veces y que fue presa de los oficiales españoles. Además, quizá le queden todavía muchas emboscadas que aguantar.

Pero ahí quedan las naciones, listas para hacer de ellas lo que la gloria o la desgracia tengan a bien, y aunque son hermanas y siempre lo serán, son tan distintas que no dudo que quedará probado en el futuro que la bravura de los llaneros venezolanos y la alegría de los caraqueños, y su ánimo emprendedor, contrastarán con fuerza con el espíritu de puertas cerradas, recelos y miradas de reojo, pero también de inmensa dedicación, de los neogranadinos.

La victoria del puente de Teatinos otorgó libertad a dieciséis de las veintidós provincias de la Nueva Granada y además hizo posible que esta nación, andando el tiempo, se juntase con Venezuela, haciendo realidad el proyecto de Bolívar.

Por tanto, si bien Venezuela es una patria audaz, dispuesta, sincera, ha demostrado también ser un destino imprudente, un poco excesivo e incluso presto a no reflexionar, comparado con esta Nueva Granada de gentes parcas y conservadoras, casi todas, que no se deciden a dar un paso si no hay garantía de que redundará en algún beneficio manifiesto o en alguna ventaja evidente. En una prudencia que para algunos es cobardía y para otros sensatez, buen sentido y buena disposición.

La verdad es que esta cordillera que nos une y nos separa, estas tierras que han dejado huellas eternas en sus habitantes, estos climas más templados o fríos en la Nueva Granada, más ardientes en Venezuela, estos caminos que, tan intrincados son en la patria del oeste y tan expeditos en la del este, están dejando una huella imperecedera en lo que serán los pueblos libres, que hasta en su manera de asimilar la lengua española, la religión y las buenas costumbres son diferentes. Hasta para

vestirse y mostrarse en las celebraciones difieren de un modo explícito.

No sabemos qué será mejor. Ojalá no sea preciso tener que escoger para compartir un tibio destino.

Hay un asunto espinoso sobre el cual quisiera hablaros ya que vosotros, como yo, sois sacerdotes y por tanto ministros de Dios en este mundo frente al pueblo, que está cargado de pensamientos pecaminosos y de ideas contradictorias.

Es que algunos de estos oficiales venezolanos, e incluso españoles, están contaminados con ideas masónicas y heréticas de las que comprendemos solo algunos puntos. Todo está edificado sobre la confianza en la razón del Hombre, que ha sido endiosada con la misma fuerza con la que nosotros hemos revestido de divinidad todo lo que tiene que ver con la Santa Religión.

Por muy doctos y racionales que sean los enviados de este nuevo credo, también ha resultado evidente que no tienen respuestas para la mayor parte de los grandes desafíos del hombre y además viven un poco azotados por el desconsuelo y la desazón.

Sobre ciertos menesteres que son de dominio público parecen tener respuestas muy pulidas y bien dispuestas, pero son los asuntos misteriosos de la vida: ¿Por qué nacimos? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? ¿Hacia dónde vamos? ¿Conviene o no conviene ser bueno y generoso, entregarse a los demás y darles la vida de uno aunque sea pobre cosa? ¿O acaso debe uno vivir tan solo para sí mismo y regodearse en esa epopeya de egoísmo?

Entonces el mundo ha terminado dividido en bandos, al menos dos, quizá más, irreconciliables, en los que los unos por Dios y los otros por el mundo apuestan todos sus bártulos, sus reales, su tiempo, su energía.

Yo solo tengo para decirles a los masones más orgullosos que al menos en lo que corresponde al tiempo, a los siglos pasados, actitudes

como las suyas fueron siempre de unos pocos, y que casi sin excepción terminaron sacrificados, destruidos, olvidados.

Nuestro Señor no se arrastra por el camino de las victorias y los logros, pero quizá sabe que nuestra tendencia natural es a envanecernos por ellos.

¿Cuándo terminará esta extraña disyuntiva? ¿Nos llevará a alguna parte, o acaso es solo el desvío cada vez más nutrido del camino?

Serafín Guedes ha huido hacia el norte, quizá por el camino del Magdalena, enfrentando grandes penalidades y sabiendo que los persiguen. Pero de la mano del experimentado Isidro Barrada, yo espero que mi muchacho no tenga problema.

Aquí simplemente no pronunciaremos su nombre, nos haremos los tontos, o quizá diremos que ha muerto en batalla. Que han llegado noticias. Y entre tanto, ¿hacia dónde irá? ¿A Santo Domingo? ¿A La Habana?

O a España, esa tierra tan amada y tan remota, ese país de grandes glorias que jamás hemos conocido ni palpado, en donde se dice que las pitanzas son extraordinarias.

¿Podrá mi hijo llegar a viejo? ¿Podrá saborear esas glorias y esas mieles a pesar de la derrota? ¿Qué rumbo podrá tomar, siendo como es, un hombre serio, bien dispuesto y cumplido, hecho para el trabajo y la obediencia, pero al mismo tiempo capaz de tomar inflexibles determinaciones y de responder por sus acciones con fecunda sensatez?

¿Qué será de sus pasos? ¿Tendrá hijos, quizá? ¿Alguna bella y dulce esposa, o una mujer que lo torture? Cómo quisiera yo poder estar en varios sitios, varias partes a la vez, para acompañarlo y bendecirlo. Para conversar con él y hacerle saber de mi cariño y mi preocupación, de la devoción que su madre le profesa.

A Eustaquio espero que lo veamos pronto, que nos visite, ahora que

Anzoátegui ha llegado enfermo a Pamplona, y que según le vi la cara, tal vez no sobreviva, dicen que de enfermedades o de heridas.

Quizá nuestro hijo pase por su patria, por su terruño, y nos dé un abrazo y coma en la casa cural, como hizo tantas veces cuando niño.

Tener hijos es el regalo más grande de Dios y por eso nunca he entendido por qué nosotros los presbíteros estamos proscritos para esas mieles y esa gracia. Pero también tener hijos es el peor proveedor de sufrimiento en la vida. Porque ellos son tan ellos, y tienen tan su destino, y nosotros ya estamos viejos para conducirlos o para aconsejarlos, o para acompañarlos.

Qué grande y qué hermoso ha sido tenerlos y verlos crecer, y qué duro ha sido verlos partir y saber de lo incierto de su rumbo.

Ah, pero no me arrepiento de haber sido un cura barragán. Cuánto ha valido la pena. Cuán feliz y orgulloso me encuentro en estas horas en las que con toda certeza puedo decir que he contribuido a la gloria y también a la desdicha de dos nuevas naciones.

Que Dios me perdone, pero lo celebro, pues no es pequeña gloria. No es pequeña audacia.

Cuánto celebro en esta hora no haber tenido que ir a los campos de batalla a buscar los restos mutilados de mis queridos hijos, como tantos otros han tenido que hacer.

Qué dura es la guerra, pero qué terrible es la victoria. Sobre todo cuando se es partidario de ambos bandos y, ante todo, de que las hostilidades cesen lo más pronto posible.

El padre Suárez, que me ha acompañado en estas horas duras de los últimos meses y que ha sabido de mis cuitas, todas ellas discretamente enunciadas, ha llegado de regreso de Chitagá a Pamplona y me ha dado un gran abrazo. Uno de esos que no se olvidan nunca.

Y yo he podido entonces, como contrito cura, dejar fluir mis lágrimas de alegría y emoción. Porque nunca se sabe cuándo es hora de llorar. Porque siempre habrá una hora para sentir pena y nostalgia. Para dejarse ir en los lamentos. Pero incluso un pequeño triunfo nos hace tan desmesuradamente felices como no habíamos pensado que pudiéramos serlo.

Este es el destino de todos, y por tanto el mío también, el de mis hijos y el de Eulalia, mi barragana, que ha reído, ha llorado y se esconde en los rincones de la casa cural, o en el camino a los lavaderos del río para poder gritar de pena, de preocupación, de alegría.

Todos debíamos poder clamar a Dios abiertamente por nuestras penas y alegrías. Pero hay algunos que, como yo, hemos olvidado cómo hacerlo.

A la vera del camino han quedado casi todas las vidas y las horas que tanto atesorábamos en el pasado. Ojalá que la llegada de la República no sea una pesadilla para la verdadera religión que profesamos con toda el alma. Ojalá nos traiga también pedazos de ese mundo que, según dicen, ha avanzado tanto y ha descubierto tantas cosas. Ojalá sea hora también de recoger nuestros bártulos y buscar un destino nuevo, tal vez un nombre nuevo.

Está visto que allá en los Brasiles estáis contemplando una hora diferente de la Historia. Mientras que nosotros nos vamos del rey, vosotros estáis con todo el imperio en las tierras brasileñas. Ha de ser muy distinto el ambiente que se respira allá. Esto me hace pensar cuánto se puede conseguir con la persistencia, la tenacidad, la entereza y la entrega, sin necesidad de guerras ni de muertos.

En verdad es más difícil vivir en paz que aguantar guerras, porque requiere de un alma más templada, capaz de olvidar las querellas y ajustarse a los preceptos divinos.

Pero aquí no hay quién se convenza de eso.

En fin, sé que cuando todos muramos nos podremos reunir a conversar de estas cosas, y entonces tendremos una mente enteramente lúcida. Ya sea en el cielo o en el purgatorio, que es el que me espera. Creo que a todos nos espera el purgatorio, nadie va derecho al cielo; pero bien, amigos, hermanos queridos de la orden jesuítica, ojalá que cuando llegue nuestra hora todos estos asuntos ya nos importen muy poco y, reconciliados como estamos, dueños de nosotros mismos, podamos abrazarnos en dulce convite y nuestros anhelos más fervientes puedan verse completamente realizados.

Me despido de vosotros diciendo que mi nombre es Rudesindo Guedes. De familia originaria de Barinas, venida a Pamplona en 1790 porque era una ciudad más beata, con el mejor seminario disponible en mil kilómetros a la redonda, donde, según mi padre, me iban a educar con peculiar cuidado, con presta lucidez.

La verdad, nunca he sabido si esa misión quedó cumplida de modo pleno. Hay algunos militares que dicen que todos los curas somos brutos y nos metemos por eso al Seminario. Pero ellos dan pruebas de mayor estupidez que nosotros con mucha frecuencia.

Lo cierto es que cuando estuve en Pamplona estudiando y en Chitagá siendo párroco, pude descubrir las mieles del mundo, y de esas mieles que, como san Agustín, tuve el delirio y el descaro, como lo dijera graciosamente el Arcipreste de Hita, de probar el bien y el mal, y escoger lo mejor de esas mieles con Eulalia.

Nacieron mis dos hijos, y mi vida adquirió un sentido y un rumbo nuevos, por supuesto prohibidos para los curas, pero permitidos de modo callado y discreto, como tantas cosas buenas que se hacen en la vida y que Dios ha establecido para que nuestros pecados, al menos los veniales, los remedemos actuando bien, hablando bien, pensando bien, prefiriendo

el bien al mal, o al menos haciendo males pequeños.

Los frutos que ha dejado esta contienda, que, como ya he dicho, son en su mayoría tristes, nos han hecho ver también que puede haber un futuro y que sin duda ese futuro será diferente. Esas diferencias las iremos viendo, notando, sintiendo y sufriendo, quién quita que hasta gozando, en los años que vendrán.

Tal vez los hijos de mis hijos, o de mis nietos, o quizá mucho más tarde, pero lo que sé es que hablarán como hablamos nosotros, pensarán como pensamos, sentirán como sentimos y tendrán miedos, recelos, parecidos a los nuestros, porque este mundo está naciendo y está todo por hacer, porque no nos conocemos y no confiamos los unos en los otros. Porque Dios está entre nosotros, pero también las fuerzas dislocadoras del demonio.

Eso lo sé de buena fuente, a ciencia cierta.

EPÍLOGO

He aquí una carta tal como me la escribió mi hijo Serafín para narrar las horas posteriores a la derrota que sufrieron las tropas realistas, y al destino que le ha tocado emprender a mi muchacho:

Ha sido muy difícil aceptar que todos nos tenemos que marchar de la tierra a la que estamos ligados; de la gente que nos ha dado la vida y el sustento; de todos aquellos a los que amamos, y solo por defender el tono de las cosas tal como eran, el talante de los viejos tiempos. Solo por estar de acuerdo con lo que siempre hemos estado de acuerdo.

Estos patriotas que nos han traído ideas provenientes de Francia y de Inglaterra deberían mirarse un poco el culo, y lo verían todo embarrado con la mierda que han atesorado a través de tantos años. La misma mierda de sus padres y abuelos.

¿Qué nos puede traer este designio sino tristezas, desgracias, separaciones, divisiones, cuando antaño vivíamos en el reino de la unidad y de la concordia? Podíamos ser diferentes pero a nadie se fusilaba por pensar un poco distinto.

Estas nuevas ideas republicanas, voltaireanas, que a juicio de tantos tratadistas son expugnables y extraordinarias, han sido mal comprendidas y digeridas por nuestra gente. Y de ellas, probablemente, no queden sino las cáscaras vacías en los años por venir.

Me arrepiento mucho, padre, de todo lo malo que he hecho en el pasado. Pero de esto, incluso aunque me lleve a la derrota, al exilio, a la muerte, de haber defendido lo que hemos sido siempre, de esto no me arrepiento.

Te mando un beso y un abrazo lleno de nostalgia y de buenos deseos, Serafín.

Y ahora, para que veáis el contraste, y tanta pena que nos hacen sentir las guerras a los padres de estos muchachos, os mando un trozo de la carta de Eustaquio, reportando el triunfo de las tropas patriotas.

Dice así mi hijo:

Querido padre:

Tengo la complacencia de enviaros el documento en el que quedan las huellas y el registro de nuestra victoria. La causa ha vencido. Estamos tranquilos después de los últimos hechos y pensamos que nuestra victoria será irreversible, incuestionable, implacable.

Hemos ganado en todos los aspectos y nuestros enemigos huyen. Los que no murieron fusilados tendrán que pasar vergüenza toda la vida, incluyendo a mi hermano del alma, Serafín.

No te diré que esto no me entristece, pero así estaba jugado desde el comienzo, y no es hora de desdecirse ni de arredrarse por lo que tan fatalmente había diseñado el destino para nosotros.

Quizá algún día, con el paso de los años, cuando todas las aguas vuelvan a su cauce, podremos encontrarnos, aunque sea furtivamente. Pero quisiera dejarte bien en claro que a pesar de ser joven y tener todavía un destino por realizar, no me arrepiento en lo absoluto de mi infancia, ni de haber sido hijo de cura, un barragán de Pamplona que estuvo en las tierras de Ocaña y de Chitagá, que conoció Venezuela y que se formó en las armas como buen soldado y como fiel escribiente. Y como testigo de algo que las generaciones por venir recordarán como glorioso.

Sí, he sido todo eso, y seguramente seré algo más, porque la vida todavía palpita con fuerza en mis manos. Pero aquellos años perdidos y hoy tan lejanos, imposibles de recobrar, todo eso me duele hondamente en el alma. Quizá lo lleve como un peso, como carga, todo lo que me queda de vida.

Te mando a ti un abrazo desde lo más hondo del alma, y a mi madre, Eulalia, tan bella y tan dulce, a la que recuerdo con tanta alegría y extraño con tanta nostalgia.

Cada vez que esté feliz, que esté alegre, os recordaré. Ojalá que eso se dé muchas veces.

Cada vez que esté alegre, una gota amarga de tristeza velará mis ojos por un instante para recordar que ya no podrán ser las cosas como fueron, y que el destino ha quebrado una familia que antaño fue tan maravillosa, tan deleitable, tan digna de envidia.

Ojalá los colibríes, que siguen llegando a las torres de la iglesia en Pamplona y a los jardines, los que besan las flores y toman el néctar, lleven una parte de este lamento y le pongan algo de gracia, de música, para que me recuerden en el futuro. Para que mi hermano no me maldiga y mi padre o mi madre no me añoren en vano.

Mando un gran beso para ti por los bellos tiempos y los buenos días,

Eustaquio

Otros títulos de la colección

La mujer que hablaba sola

Melba Escobar

Orillas

Roberto Burgos Cantor

Días sin ti

Elvira Sastre

La sembradora de cuerpos

Philip Potdevin

Los elogios de la tribu

Hugo Chaparro Valderrama

Enrique Serrano

Guerras ajenas

El cura Rudesindo Guedes ha tenido dos hijos en una relación espuria a los ojos de la Iglesia católica. Exiliado en Pamplona, en el norte de

Colombia, vive tiempos convulsos tanto en su interior como en los días que corren en la Nueva Granada de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Tras algunas independencias, España está dispuesta a todo por disputarse la reconquista de un territorio que ha sido propio desde 1492.

Dos hijos toman caminos opuestos en esta historia de los cien días que cambiaron el destino de la Nueva Granada, cuando las tropas de Simón Bolívar se encontraron con las de Pablo Morillo en el centro del país para definir la libertad o la dependencia al reino.

Como si se tratara de una novela oral, la voz de Rudesindo Guedes nos pasea, día tras día, por una campaña libertadora o pacificadora, según el bando, en donde todos perdieron algo. Al mejor estilo de los notables relatos de *La marca de España*, Enrique Serrano ha vuelto con una novela sobre el destino, la paternidad, el honor y la sangre derramada por quienes defendieron ideales contrarios en la campaña de independencia de 1819.

eBook

DISPONIBLE

Seix Barral Biblioteca Breve

ISBN-13: 978-958-42-7747-3

ISBN-10: 958-42-7747-2